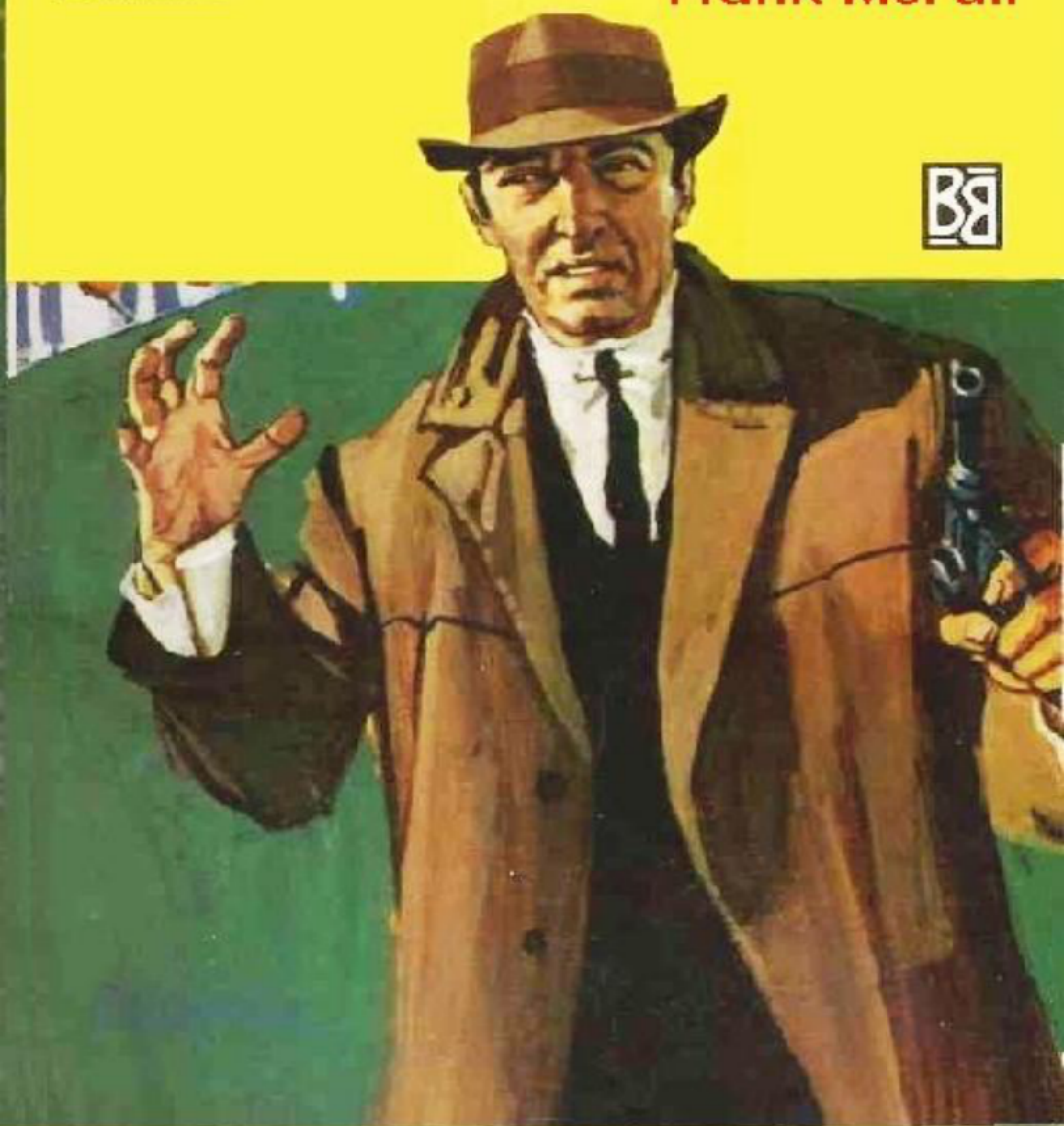


PUNTO
ROJO

vengo a buscar tu cadáver

Frank McFair



COLECCION

PUNTO ROJO





FRANK MCFAIR

VENGO A BUSCAR TU CADAVER

Colección **PUNTO ROJO** n.º 314

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 5222 - 1968
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: abril 1968
© FRANK MCFAIR - 1968
sobre la parte literaria

©RAFAEL GRIERA - 1968
sobre la cubierta

© EDMOND - 1968
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.028. — Zurdo.

En Colección ALTO SECRETO:

7. — El barco trágico.

En Colección PUNTO ROJO:

296. — El FBI venga a sus muertos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

869. — Con la piel de un muerto.

En Colección BRAVO OESTE:

326. — Hubo una vez dos hermanos.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

160. — Procedencia: Hong-Kong.

En Colección KANSAS.

487. — La viuda.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

266. — La larga mano del FBI.

En Colección CALIFORNIA:

596. — Un «Colt» del 45.

En Colección ASES DEL OESTE:

466. — ...Y para ti la horca.

En Colección BUFALO:

745. — Un mormón hace justicia.

CAPITULO PRIMERO

Phil McFumister dijo:

—Nada que declarar.

El funcionario de aduana hizo una señal en la maleta, sin abrirla siquiera.

—¡¡Merci, monsieur.

McFumister cogió la maleta, salió de la aduana y miró a su alrededor. Eran las doce de la noche.

Un taxi se aproximó. McFumister ascendió a él. Llovía fuertemente.

—Hotel Franconia, rue Abbesses.

Salieron de Orly. A aquella hora no había mucho tráfico, así que llegaron a París en poco tiempo relativamente. Montmartre les abrió las puertas.

Se apeó delante del Franconia. El encargado nocturno levantó la mirada del formulario que estaba llenando.

—McFumister. Tengo reservada habitación.

El encargado miró las listas.

—Desde luego, monsieur. Habitación 222. Bienvenido, monsieur McFumister.

Este se apoyó en el mostrador.

—No es muy tarde. ¿Puedo ver algo antes de irme a dormir?

—Desde luego, monsieur.

Rápidamente recitó una serie de lugares. McFumister dobló un billete de diez nuevos francos y se lo tendió.

—¡¡Merci, monsieur. Espero que se divierta.

McFumister subió a su habitación y esperó a que el botones hubiera dejado la maleta sobre la cama.

—Nada más —dijo, entregándole la inevitable propina.

Tan pronto como estuvo solo, abrió la maleta, sacó parte de las ropas y de un bolsillo interior, una pistola «Magnum», negra, provista de un corto silenciador.

Se la metió entre el pantalón y la camisa, debajo del cinturón y se miró en el espejo.

Su camisa estaba limpia. Había hecho el viaje desde Nueva York en poco tiempo.

Se puso un sombrero castaño, y tomó de nuevo la trinchera. Salió.

Saludó con la mano al empleado y se encontró en la calle Abbesses.

No tomó un taxi. Su destino no estaba lejos. Apenas a quinientos

metros, junto a la plaza de Clichy.

Era una casa de dos pisos. La lluvia, que caía vertiginosamente, había expulsado hacia sus casas o hacia los lugares de diversión a la mayoría de los noctámbulos.

Solamente algunas muchachas, escondidas en los portales, le lanzaron siseos de llamada, pero no les hizo ningún caso.

El portal de la casa estaba abierto. Entró y ascendió al segundo piso. Apenas hacía ruido, con sus suelas de goma.

En el segundo piso había dos puertas. Llamó a la de la derecha.

Le abrieron. Un hombre de pelo gris, vestido con una bata. Tenía una cara estrecha, de pómulos salientes.

—Buenas noches. Soy Gastón.

El empleado del hotel se hubiera asombrado ante su puro acento francés.

—Pase, Gastón. Soy Matathieu.

Pasó.

Una habitación de paredes sucias y descascarilladas, que contenía una mesa, sillas, un armario, un camastro en un rincón, y un teléfono.

—¿Un ¡¡pastis? ¿Vino?

—Vino.

Matathieu vertió vino rojo en dos vasos. Tendió uno a su visitante.

—¿Y bien?

McFumister bebió el suyo y dejó el vaso sobre la mesa. No se había quitado los guantes. Sus ojos fueron hacia el teléfono, y mentalmente tomó nota del número.

—Y bien... Tengo al hombre.

—¿Dónde?

—Oh, no, aquí, naturalmente. Pero sé dónde está. Esto bien vale los mil francos.

—¿Dónde?

—Simplemente: en una cueva, muy cerca de aquí. De esa cueva se irá a su casa. Y allí podrá usted encontrarlo.

—¿Dónde?

El hombre dio una dirección. No estaba lejos de Clichy, en efecto. Unos cien metros.

McFumister asintió.

—Supongo que sabrá a lo que se expone si no es cierto lo que me dice.

—Claro que sí. Y es cierto.

—Bien. Aquí tiene mil francos. El resto, tan pronto como haya encontrado al hombre.

—Ustedes dijeron diez mil al contado.

—Sí, pero... lo toma o lo deja.

—Esto es un robo...

—No, si no ha mentido. Pero no quiero sorpresas de última hora. No me gustan, eso es todo. Tan pronto como tenga al hombre, usted recibirá los nueve mil francos que restan. Lo toma o lo deja.

—Está bien, pero yo no hago así los negocios.

—Yo, sí.

Se envolvió bien en la trinchera.

—Hasta la vista, Matathieu.

—'¡¡cré! Hasta la vista. Pero me miraré mucho antes de meterme en negocios con ustedes.

—Oh, sí, lo hará. Le interesa.

Hubo una pausa.

—¿A quién espera él?

—A un tal Gastón, al que envía Lemoire...

—Conforme. Hasta la vista.

Salió.

Cien metros se cubren pronto. Casi antes de darse cuenta, estaba ante la casa. Echó una ojeada a su alrededor. Un par de coches pasaban, con el haz de sus luces barriendo la lluvia. Esperó hasta que se alejaron y luego penetró en el portal.

Ascendió hasta el primer piso. Miró las puertas a la luz de una bombilla gastada y encontró la que buscaba.

Sacó del bolsillo su llavero, del que extrajo una lámina de acero al vanadio. La lámina estaba unida magnéticamente a otra más fina, de borde aserrado. Metió ambas en la cerradura, y accionó, deslizando la aserrada sobre la otra, hasta que los dientes encontraron sus alvéolos. Abrió, entró y volvió a cerrar.

No encendió la luz, pero sacó del bolsillo una linterna no más gruesa que una pluma estilográfica, y cuyo aspecto aparentaba. Daba una luz bastante potente.

Examinó la habitación. Muebles viejos, pero en buen estado, litografías en las paredes, malas reproducciones y un armario pegado a la pared.

Se dirigió a una puerta al fondo, y la examinó. Una cocina, con un retrete al otro lado.

Nada más.

Volvió a la sala, se sentó en una silla y se dispuso a esperar. No fumó, pese a que sentía grandes deseos de hacerlo.

Al cabo de media hora, oyó pasos en el corredor. Con un hábil movimiento, se desabrochó la trinchera y la chaqueta, y sacó la pistola. La dejó sobre la mesa.

Los pasos se detuvieron ante la puerta. Rechinó la cerradura y aquélla se abrió.

Un torrente de luz inundó la estancia.

—Hola, Corrie. Cierra la puerta.

El hombre se detuvo. Era de mediana estatura, pero muy fornido. Llevaba un traje oscuro, camisa negra y trinchera clara.

Sus ojos estaban alerta. No parecía asustado, pero sí vigilante.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Gastón. Me envía Lemoire.

—¿Cómo diablos ha entrado aquí?

—Por la puerta. Vamos, cierre.

Corrie se dio vuelta como para obedecer. McFumister cogió su pistola y le apuntó directamente.

—Cuidado, Corrie. Cuidado con los movimientos.

—Sólo iba a cerrar.

—Vuélvase.

El otro obedeció.

—Bien, ya está usted dentro, Gastón. ¿Trae el dinero?

—No.

Los ojos de Corrie se estrecharon.

—Le dije que si no traían el dinero no había nada que hacer. Nada que hacer —repitió lentamente.

—Cállese.

McFumister se puso en pie y caminó hacia el otro.

Cuando estuvo frente a él, adelantó el brazo izquierdo y golpeó al otro en la cara.

El golpe fue tan fuerte que lo lanzó contra la puerta. La mano de Corrie voló hacia el bolsillo de su trinchera, pero McFumister no le dejó terminar el gesto.

Le golpeó con el canto de la mano en la muñeca, y Corrie lanzó un ahogado gruñido de dolor.

—Le dije que estuviese quieto.

Volvió a abofetearlo y luego le metió la mano en el bolsillo de la trinchera. Sacó de ella una «F. N.» belga y la tiró a un rincón.

—Así. Ahora vamos a hablar. ¿Dónde está Billeton?

—Si no hay dinero...

Corrie se limpió un delgado chorro de sangre que le corría desde la boca hasta el cuello de la camisa.

—¿No? Bueno, a su gusto.

Volvió a darle, esta vez en la oreja.

—¿No habla?

—¡Maldición, aparte las manos de mí?

McFumister alzó el brazo.

—¿Dónde?

—Usted no es Gastón.

—Puede pensar lo que quiera. Lo que yo quiero es que me diga dónde está Billeton.

Hizo una pausa significativa.

—La próxima vez le golpearé con la pistola. Le partiré la mandíbula.

—Está bien. Billeton está en «La Cueva del Infierno».

—¿Dónde?

—En Caulaincourt.

—¿Cómo es Billeton?

Los ojos del hombre se estrecharon. Pese al dolor que sentía, era evidente que estaba asombrado.

—¿No lo sabe?

—¿Cómo es? Conteste sólo a lo que le pregunto.

—¿No lo sabe?

Una sonrisa crispó los labios de Corrie.

—Tiene gracia...

McFumister se había distraído. No había vigilado bien la mano izquierda de Corrie.

Esa mano había desaparecido en el bolsillo de la trinchera. McFumister sólo tuvo tiempo de dar un salto atrás. De no hacerlo así, la navaja de muelles le habría rasgado el vientre.

Corrie sabía manejar el arma blanca. La sostenía no como un puñal, sino con la hoja hacia adelante, el dedo pulgar sobre el dorso del arma. El próximo viaje hizo desplazarse al aire lateralmente junto a la oreja de McFumister.

Este disparó. Su «Magnum», provista del pequeño silenciador, apenas hizo ruido.

Corrie puso los ojos en blanco y cayó lentamente, apoyándose en la puerta, hasta resbalar y llegar al suelo.

Luego se quedó quieto.

McFumister se inclinó sobre él y le registró los bolsillos rápidamente. Papeles, un par de cientos de francos nuevos y una cartera. Se echó esta última al bolsillo, cogió los doscientos francos y el reloj de oro, juntamente con una sortija que tenía un granate de buen tamaño, y se los guardó.

Luego, silenciosamente, salió.

Llegó a la calle sin ver a nadie, desembocó en Lepic y Maistre y llegó a Caulaincourt.

«La Cueva del Infierno» tenía una puerta pequeña, y sólo un banderín de hierro forjado anunciaba su nombre. En un pequeño escaparte había fotografías de chicas haciendo «strip-tease», en diversos grados de desnudez.

Atravesó la puerta. Un grupo de turistas se había detenido en ella y parecían indecisos entre entrar o no. Por fin decidieron seguir adelante.

Una escalera en caracol le condujo a un sótano encalado, de paredes rugosas, mal iluminado por faroles rojos, en forma de

antorchas. El humo era espeso, denso, y las mesas, bajas y rústicas, así como los bancos, estaban llenos de gente a la que apenas podía ver.

Un trompetista negro chupeteaba su instrumento, arrancándole aullidos escalofriantes. Una mujer joven, se desnudaba lentamente sobre un tablado.

Lo corriente. Espectáculo para turista. Ni mejor ni peor que otros muchos.

Pasó por entre las mesas, pero no había ninguna libre. En el bar, también lleno, pudo abrirse paso.

—Vengo de parte de Corrie —dijo.

Ignoraba si eso significaría algo para el hombre que atendía la barra.

—¿Qué quiere?

—Tengo un recado para Billeton.

Los ojos del hombre se alzaron. Hasta entonces no había mirado a McFumister.

—¿Sí?

—Sí. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Qué le ha ocurrido a Corrie? Estuvo aquí hace un rato.

—No puede venir. Se puso enfermo.

—¡¡C'est la vie. Hoy tú, mañana otro cualquiera. Busque a Billeton en la jaula.

¿La jaula? McFumister no sabía lo que era aquello, pero no estaba dispuesto a demostrar ignorancia.

Pasó hacia el tablado.

—En la jaula —dijo el de la barra.

Luego no era por allí. El hombre, inconscientemente había movido la cabeza hacia las cortinas que se abrían a la derecha del tablado.

La mujer había terminado su número. Débiles aplausos saludaron su retirada.

McFumister caminó hacia la cortina, la recorrió y se encontró en un pequeño corredor, al cual se abrían dos puertas.

Llamó a la de la derecha. Nadie contestó. Fue a la de la izquierda, pero antes de que su mano entrase en contacto con ella, la puerta se abrió. Un tipo de mediana estatura, con jersey de cuello vuelto, se le quedó mirando.

—¿Qué quiere?

—Ver a Billeton.

—¿Quién es usted?

Los ojos del hombre no manifestaban sospecha, pero sí estaban alerta.

—Soy Gastón. Vengo de parte de Corrie.

—Vuelva al salón.

—Quiero ver a Billeton. Es urgente.

—Vuelva al salón. Billeton lo buscará si es que él quiere hablar con usted.

Gastón dio la vuelta y volvió al salón. Los ojos del hombre lo siguieron.

Se acomodó en el bar, un poco más vacío ahora, y pidió un pastis. Lo bebió de un golpe y esperó.

Pero sus ojos recorrían el salón atentamente. El ambiente estaba demasiado cargado para poder observar nada. Encendió un cigarrillo y fumó.

Una mano se posó sobre su hombro. Un camarero estaba junto a él. Vestía un traje de diablo con un largo rabo brotándole de las posaderas.

—¿Gastón?

—Sí.

—Venga.

—Lo guio de nuevo basta las cortinas, las descorrió, se apartó para dejarle pasar y le señaló la puerta de la derecha, aquella a la que nadie había contestado cuando llamó.

El camarero había desaparecido. McFumister volvió a llamar y una voz dijo:

—Adelante.

Abrió y pasó. Una profunda oscuridad lo acogió.

Movió la cabeza y se quedó quieto. Luego, sintió que la puerta se cerraba tras de él.

Su mano bajó hasta la cintura, para tomar la culata de la pistola. Y entonces, un foco blanco, cegador, se encendió frente a su cara. Parpadeó furiosamente. El foco no le dejaba ver nada.

—¿Gastón?

—Sí.

—¿Por qué no ha venido Corrie con usted?

—Porque se encuentra enfermo.

Trataba en vano de observar algo detrás del foco, imposible.

—¿Enfermo? ¿Qué le ha ocurrido?

—Oh, no lo sé. Quizá los tragos.

—Avanza un paso.

Lo hizo.

Al encenderse el foco había soltado instantáneamente la culata de la «Magnum».

—¿Billeton? —preguntó.

—Sí.

—Bueno, si quitan ese faro de delante de mí...

—Está bien así. Da el recado.

McFumister pensó rápidamente.

—El recado... soy yo.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta misma noche.

—¿Traes la pasta?

—No la tengo aquí, pero la he traído.

—¿Dónde la tienes?

—En casa de un compañero.

—¿Dónde?

—Hablaemos de eso después.

—Hablaemos ahora.

No había oído nada. El faro le cegaba, atontándolo. Súbitamente, le pareció que el cielo se le venía encima. Un golpe fortísimo, una luz intensa, rojiza, ante los ojos, y perdió el conocimiento.

CAPITULO II

Debió tardar pocos minutos en recobrarlo, porque cuando abrió los ojos y volvió a la conciencia, el foco seguía brillando, aunque ya no le apuntaba directamente a los ojos, como antes.

Su mano derecha se acercó a la cintura.

—Es inútil. Ya no tienes el arma —dijo una voz.

McFumister alzó los ojos. Estaba tendido en el suelo y un hombre se mantenía en pie junto a él.

—¿Puedo tocarme la cabeza?

—Sí, tócatela.

McFumister se acarició el lugar en que había recibido el golpe. El hombre era el mismo que le había dicho en el corredor que volviera al bar.

—¿Has sido tú quien me golpeó?

—Yo mismo.

—Sabes hacerlo. ¿Puedo ponerme en pie?

—No.

Estaban solos en la habitación. McFumister la recorrió con la mirada hasta convencerse de ello.

—¿Dónde está Billeton?

—No te importa.

El hombre había sacado una navaja de muelles y se hurgaba en las uñas con ella.

Era de estatura mediana, pero muy fornido, al parecer. Su jersey dejaba ver buenos músculos que saltaban al menor movimiento.

Y parecía estar muy seguro de sus propias fuerzas cuando ni tan siquiera le apuntaba con un arma. Claro que una navaja en manos que saben manejarla puede ser tan peligrosa como una pistola.

McFumister se había recobrado por completo. Habían debido pegarle con un calcetín de arena o con una porra de caucho.

—¿Puedo fumar?

—No.

—No eres muy sociable, ¿eh?

—No tengo por que serlo con un tipo como tú.

—No deberías tener tanto miedo. No voy a hacerte nada.

—¿Miedo yo? ¿De ti, especie de imbécil?

El hombre le golpeó en las costillas con el pie. Sus zapatos tenían aguzadas puntas, como las de los bailarines.

Y era exactamente lo que McFumister estaba esperando.

Alargó la mano con rapidez vertiginosa, cogió el pie, le hizo dar

media vuelta y lanzó al otro al suelo.

McFumister se puso en pie de un salto. Sus grandes manos, abiertas, todo el cuerpo tenso.

El otro era muy ágil. Se revolvió en el suelo, como un gato, tratando de alzarse, y McFumister le dio una patada en la cara.

El otro gruñó dolorido. McFumister sabía que si le dejaba emplear la navaja, las cosas podrían complicarse, así que no le dejó. Volvió a golpearle, con el pie, dirigiendo esta vez la patada al bicep. La navaja saltó limpiamente por el aire y fue a aterrizar al otro extremo de la habitación.

El hombre consiguió ponerse en pie, sujetándose en la mesa. Su mano izquierda buscó en el bolsillo, pero McFumister no le dejó terminar el movimiento. Le dio un violento derechazo a la mandíbula y le dobló la cabeza hacia atrás, en un ángulo dolorosísimo.

El hombre cayó, sin sentido.

McFumister se inclinó se inclinó sobre él y lo registró.

¡Diablos!, no iba mal provisto.

Del bolsillo del pantalón le sacó un puño de hierro, uno de esos espeluznantes objetos de cuero que se adaptan a la mano, y que van provistos de clavos de hierro.

Llevaba también una «Ñata» 6,35. Se la guardó, igualmente y por último cogió la navaja.

Cuando acabó, una sonrisa torcía su boca. Lo habían subestimado y ahí estaba el resultado.

En el momento en que iba a mirar si el hombre estaba aún inconsciente, alguien llamó a la puerta levemente.

—¿Jean-Paul? —dijo una voz femenina.

McFumister gruñó.

—¿Estás ahí? ¿Vas a salir?

McFumister caminó hacia la puerta, con la «Ñata» en la mano.

—Ahora no —dijo en voz baja.

—¿Tardarás mucho?

—Creo que no.

Hablaba con voz sin inflexiones, ensordecida.

—¿Nos veremos luego?

—Sí.

—Te esperaré. No le digas al...

La voz se apagó. Otra, más profunda, la de un hombre, acababa de sonar en la parte de afuera. McFumister no oyó las palabras, pero sí el tono autoritario.

Y luego, la puerta se abrió bruscamente.

Inmediatamente, McFumister enfocó el faro en aquella dirección.

Eran dos hombres. Los dos altos. Parpadearon irritados.

—Jean-Paul —dijo uno de ellos—, quita eso, maldito idiota.

—Pasad —dijo McFumister—. Vamos, rápido, pasad Estoy apuntándoos.

Uno de ellos dio un paso hacia adelante, entornando los ojos para librarlos de la luz. Pero el otro dio media vuelta como si fuera a echar a correr.

McFumister podía haber disparado la «Ñata», pero en una habitación pequeña más bien, como aquella, el disparo hubiera resonado como un trueno. Lo que hizo fue coger el foco y tirarlo contra el hombre.

La luz se apagó y un aullido de dolor resonó en la puerta.

Como un bólido, McFumister se precipitó hacia ellos, golpeó un cuerpo que se oponía a su paso, y se encontró en el pasillo, iluminado sólo por una bombilla.

Eran pocos metros los que lo separaban de la puerta por la que entrara desde el salón. Muy pocos. Los recorrió en un momento, abrió la puerta y penetró en la «Cueva del Infierno».

Se detuvo, pero sólo un momento. Detrás de sí oía voces y gruñidos. De dos zancadas penetró entre las mesas bajas, y su pie chocó con una de ellas derribándola.

Un timbre sonó en alguna parte. La gente, que hasta entonces había estado contemplando las contorsiones de otra chica en la tarima, comenzó a comprender que algo fuera del programa estaba ocurriendo.

Un hombre, un camarero vestido como un diablo, se colocó ante McFumister. Este no se detuvo ni un segundo siquiera.

Su mano derecha voló al rabo que le colgaba de la espalda al camarero, le hizo dar media vuelta y lo empujó contra una de las mesas. Un concierto de chillidos saludó su gesto. Pero el camino hacia la puerta quedaba libre.

Ascendió los escalones de tres en tres y se encontró en la lluvia exterior.

Respiró profundamente, se cerró la trinchera y caminó hacia la esquina de la rue des Saules. Un taxi con luz verde encendida, llegaba lentamente. Le hizo señas y subió a él.

Le dio las señas del hotel, en Abbesses, y se recostó en el asiento.

Luego, se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Le habían quitado la cartera, naturalmente, pero no llevaba en ella nada que pudiera comprometerle. Un poco de dinero y algunos papeles sin importancia. Los que le interesaban los tenía en el hotel. Pero, esto era importante, le habían quitado también todo lo que le tomase a Corrie.

Se había dejado sorprender de una manera tonta, pero..., ¿podía haber hecho otra cosa en realidad? Probablemente no.

—Tendrá que esperar ante la puerta del hotel mientras subo por dinero —dijo al taxista.

Este gruñó, enfadado. Algo así como «esos tipos que piensan que un trabajador tiene que estar a expensas...».

Pero calló, al ver por el retrovisor la expresión de McFumister.

Llegaron al hotel. McFumister subió a su habitación, bajó con el dinero y pagó al taxista, dejándole una propina abundante. Luego volvió a subir.

Bueno, había perdido la cartera y la «Magnum», con un silenciador que le había costado cerca de cincuenta dólares. Pero sabía dónde encontrar a Billeton. Algo era algo. Únicamente que ahora Billeton sabía que había visto a Corrie y que... lo había matado.

Antes de acostarse, colocó dos sillas, una a cada lado de la puerta, y unidas por un cordel que pasaba a la altura de la rodilla de un hombre. Si alguien intentaba abrir, armaría un ruido de todos los diablos.

Pero nadie lo intentó.

A la mañana siguiente se bañó, tomó el desayuno y salió a la calle. Buscó un café provisto de cabina telefónica y se metió en ella. Recordaba perfectamente el número, pese a que la noche anterior sólo la había mirado una vez.

Llamó.

—¿Matathieu?

—¿Quién llama?

—Gastón. Tengo que hablar con usted.

—Pero... Bueno, escuche, no quiero que venga a mi casa. Si es absolutamente imprescindible nos veremos en otro lugar.

—Diga dónde, porque sí es imprescindible.

—¿Dónde está usted?

McFumister sonrió torcidamente.

—No importa, puedo ir donde me diga.

—Pues..., déjeme pensar... Hay un ¡bistrot en...

—No quiero lugares públicos, Matathieu. Nada de tabernas.

—¿Dónde se aloja usted?

—Eso no importa, amigo. Dígame dónde, e iré a buscarlo.

—Escuche, ¿ha ocurrido algo...?

—Sí, pero no es para contarlo ahora. Y acaba el tiempo. Vamos, dígame dónde.

—En... el cementerio de Montmartre. En la entrada frente al Hospital Bretón.

—Conformes. ¿Cuándo?

—Dentro de... una hora.

McFumister colgó el teléfono.

Cuando salió a la calle, seguía lloviendo, una de esas lluvias novembrina que parecen no han de cesar nunca.

Tomó un nuevo café, mientras fumaba un cigarrillo. Luego volvió

al teléfono.

Buscó el número de «La Cueva del Infierno» y llamó.

Una voz de hombre respondió casi al instante.

—Quiero hablar con Billeton.

—¿Quién es usted?

—Anoche tuve una entrevista con él. Dígale que se ponga. Será mejor.

Hubo un breve silencio, seguido por una voz excitada que hablaba en voz baja.

Por fin, una voz profunda dijo:

—Habla Billeton.

—Escucha, puerco, lo que me hiciste anoche te va a costar caro, ¿lo oyes? Muy caro.

—Escucha, teníamos que asegurarnos... de que eras Gastón.

—¿Ah, sí, cerdo? ¿Y ahora, estáis ya seguros?

—Un poco más. ¿Por qué no tenemos una buena charla?

—Podíamos haberla tenido anoche, hijo de tal por cual, pero me echaste encima a tus rufianes. Ya te digo que eso no se lo hacen al hijo de mi madre sin que alguien lo pague, y duro.

—Tranquilízate, hombre. Son gajes del oficio. Teníamos que asegurarnos. La semana pasada vino un hombre...

La voz profunda hablaba persuasivamente.

—... diciendo que era Gastón. Y no era más que un maldito entrometido...

—Eso te lo estás inventando ahora mismo.

—Palabra que no. Cuando nos dimos cuenta, casi se había metido en el asunto. Tenemos que estar seguros, ¿no?

—Cállate. Guárdate todas tus buenas palabras para cuando te las pida.

—Escucha, Gastón, ¿por qué no charlamos como un par de buenos amigos?

—¿Cuándo y dónde?

—Pues... cuanto antes, pienso, ¿no? Por ejemplo, podemos comer juntos.

—¿Dónde?

—Dime dónde puedo encontrarte...

—Ah, eso no.

—Pero, hombre, palabra que ahora... Saliste precipitadamente cuando ya íbamos a aclarar las cosas. Eres un poco impulsivo, Gastón.

—Deja eso ahora. Di dónde podemos vernos.

—En ¡¡Tartin, boulevard des Italiens. Un buen pesebre. A las doce.

—Conforme. Y... nada de bromas, esta vez, Billeton.

—Nada de bromas. Palabra de compadre.

Sonriendo, McFumister colgó. Luego compró un periódico y lo

recorrió rápidamente. No decía nada de la muerte de Corrie. Ni una sola palabra. Tal vez no hubieran descubierto aún el cuerpo, tal vez la policía prefiriera callarse por el momento.

La lluvia había cesado casi por completo. Anduvo lentamente, para hacer hora, hasta que llegó a la calle Etex, que bordea el cementerio. En la puerta del hospital, oteó los alrededores. El tiempo necesario como para ver entrar dos coches fúnebres. Luego, de pronto, vio un «Simca» que llegaba lentamente. Lo conducía Matathieu.

Atravesó la calle y el hombre abrió la portezuela.

—No podemos quedarnos aquí —dijo. ¿Hacia dónde vamos?

—Busque un sitio donde pueda aparcar —respondió McFumister secamente.

Lo encontraron poco después, al otro lado del cementerio. Matathieu cortó el encendido y se volvió hacia él.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Y me lo pregunta? Billeton me estaba esperando con las uñas desenfundadas.

—Escuche, Gastón, yo no tengo nada que ver...

—No lo sé, pero le aseguro que si lo supiera... Íbamos a divertirnos un rato,

Encendió un cigarrillo mientras contemplaba al otro reflexivamente.

—Escuche, he hecho un viaje muy largo y no pienso marcharme con las manos vacías. Usted sabe a lo que se expone si juega con nosotros. ¿Lo sabe, verdad?

—Sí, pero... le aseguro que yo no he tenido nada que ver con ello.

Le puso una mano sobre el brazo.

—Escuche, Gastón, puede decírselo así a «ellos»: Billeton es muy desconfiado. Mucho. Veamos. ¿Qué hizo usted una vez que me dejó a mí?

—Busqué a Corrie y le obligué a decirme dónde podía encontrar a Billeton.

—¿Lo ve? En cuanto usted lo dejó, Corrie avisó a Billeton.

—No.

—¿No? ¿Cómo está tan seguro?

—Lo estoy, eso es todo. El caso es que él no le avisó. Pero cuando llegué al sitio donde estaba Billeton, me obligaron a esperar y cuando me introdujeron a su presencia, me dejaron fuera de la circulación de un golpe en el coco. Sin esperar a más. Bueno, sí me preguntaron si traía la pasta.

—¿Lo ve? Desconfía de todo el mundo.

—Matathieu

—¿Qué pasa, Gastón?

—¿Por qué no entregó Billeton la mercancía, como estaba

convenido?

—Bueno ya le dije a «ellos» que no lo sabía. Sólo que no lo había hecho.

—¿Entonces, por qué me preguntó por la pasta? El sabe que sin mercancía no habría pasta.

—No tengo ni la menor idea. Ni la menor idea.

El hombre golpeó el volante del coche con la mano derecha. Su cara reflejaba la más profunda ignorancia.

—¿Qué va usted a hacer, Gastón?

—Voy a comer con Billeton.

—¿Eso va a hacer? Pero..., ¿no me acaba de decir...?

—Oh, no he terminado mi historia. Me dejaron fuera de combate, pero logré salir de allí, haciendo daño. Esta mañana he hablado con Billeton. Está dispuesto a tratar.

—¿Se van a comer juntos? ¿Dónde? Bueno..., no quiero decir que me interese, pero... sí me interesaría que cuando volviese usted allá diese buenas referencias mías.

—Vamos a comer en «Tartin». ¿Lo conoce?

—Claro que sí. Un buen pesebre.

—Eso mismo dijo Billeton. De lo que hablemos durante la comida dependen muchas cosas. Después quisiera verlo de nuevo. ¿En su casa?

—Pues..., sí, naturalmente, aunque tengo que salir. Pero seguramente a las nueve estaré ya en ella.

—¿Vive siempre allí?

—Naturalmente.

—Bien, en ese caso...

Miró el reloj. Las once y media.

—Lléveme a «Tartin».

—Lo haré, pero..., ¿le importaría que no llegase hasta allí? No quiero ver a Billeton ni... mucho menos que él me vea a mí.

—Conforme. Déjeme cerca.

Cuando llegaron a la esquina de Antin y el boulevard, Matathieu frenó el «Simca».

—«Tartin» está en la otra manzana. Bien, nos veremos hacia las nueve, ¿no?

—Eso es. Hasta la vista.

—Y... traiga el resto del dinero. Yo cumplí mi parte.

Phil bajó y caminó por la acera. Las hojas de los castaños inundaban la calle.

Entró en «Tartin» a las doce en punto, y miró a su alrededor en el comedor principal.

Un camarero se le acercó e hizo una ligera inclinación.

—¿Monsieur Gastón?

—Sí.

—Por aquí, por favor.

Lo condujo a uno de los comedores secundarios. No era la primera vez que McFumister entraba en «Tartin», aunque desde la última que lo hiciera habían transcurrido tres años. Pero no se había creído obligado a decírselo a Matathieu.

En el comedor pequeño, había sólo una mesa ocupada. Sentados en ella; un hombre y una mujer.

El hombre era alto, fuerte y llevaba un traje bien cortado. La mujer...

Era sencillamente extraordinaria. Alta, con una cintura que se podía abarcar con las manos, pero rematada en unas caderas redondas y llenas, encerradas en un traje sastre de color magenta.

El hombre se había puesto de pie.

—Aquí, Gastón.

Y McFumister se quitó la trinchera y se sentó junto a ellos.

CAPITULO III

—Ante todo —dijo Billeton—, tengo que aclararte.

—¿Quién es ella?

McFumister señalaba con el pulgar a la mujer. Esta lo miró. En sus ojos de color violeta había una expresión indefinible.

—Siempre que vengo a sitios como este traigo compañía femenina. Da respetabilidad, si sabes lo que quiero decir.

—¿Vamos a hablar delante de ella?

—Pues..., sí, hombre.

—¿Mezclas a las faldas en estos asuntos?

El desprecio que se patentizaba en su tono hizo enrojecer ligeramente a Billeton.

—Yo sé lo que hago —dijo—, pero si hay oposición.

Le hizo una señal a la mujer. Esta se puso en pie, cogió su abrigo, que estaba en el respaldo de la silla y salió, moviendo las caderas. McFumister la siguió con la mirada.

—Buena pieza. Y ahora...

—Ahora, ante todo...

—Ante todo, hablo yo. ¿Por qué la trampa de anoche?

—Hombre, no era ninguna trampa, puedes estar seguro. Pero queríamos asegurarnos. En estos asuntos no se puede dejar nada al azar.

El mozo se había acercado. McFumister hizo su pedido rápidamente. Tortilla y un buen filete. Billeton carne y ensalada. Parecía nervioso.

—Así que tienes que asegurarte, pero en cambio te traes para la entrevista a las primeras faldas que tienes cerca. Pero eso no es cuenta mía. Ahora...

Se inclinó hacia el otro y bajó la voz.

—¿Por qué no has enviado la mercancía?

Billeton había encendido un cigarrillo. Sus mandíbulas se movieron como si estuviera masticando algo.

—Porque... se me dijo que había peligro. Que la vía no era segura.

McFumister se apoyó en el respaldo de su silla.

—Y eso, a ti, ¿qué te importa? Tú la envías y cobras. ¿Qué más quieres?

—Hombre, a nadie le gusta que se pierda una partida importante.

—Eso a ti no te importa. ¿Por qué no la enviaste? Y dime la verdad.

—Ya te digo que la vía no era segura...

Su voz fue apagándose ante la mirada de McFumister.

—No ha habido posibilidad de reunirlos.

—¿No?

McFumister encendió un cigarrillo. El mozo acudía ya con el pedido. El americano esperó hasta que volvió a alejarse llevándose la bandeja vacía.

—Escucha, te lo aseguro, y puedes decírselo a sí a Lefore. No ha habido manera. Han encontrado dos o tres alijos al pasar la frontera italiana. Y otro que venía en un barco griego, tuvo que ser lanzado al mar cuando la policía marítima iba a abordarlos. Tal y como te lo digo.

—Lefore no paga por palabras. Paga por hechos. Y había adelantado ya una buena cantidad —respondió McFumister fríamente.

Atacó la tortilla. Billeton lo miraba comer con el ceño fruncido.

—Ya lo sé, pero ha sido imposible. Ahora bien: tiempo. Un poco de tiempo aún y conseguiré reunir lo suficiente como para que queden satisfechos.

—¿Cuánto tiempo?

—Digamos... dos meses.

—¿Y si te lo damos?

—Lo conseguiré, Gastón. Vaya si lo conseguiré.

Puso una mano sobre el hombro del americano.

—Escucha. Para que no tengas la condenada impresión de haber perdido el viaje: te voy a dar una fiesta.

McFumister alzó la cabeza.

—¿Una fiesta?

—Sí. De esa manera borraremos lo desagradable de anoche, ¿eh, viejo? Una buena fiesta. Pregunta a cualquiera. Billeton sabe dar fiestas. Champagne, ríos de champagne y whisky, claro, para el que quiera abrevarlo.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Yo soy así: las cosas, en caliente. Las fiestas y las chicas, al asalto, sin dejarlas enfriar, ¿eh, viejo?

—¿Dónde?

—Tengo un rincón... bueno, un buen sitio. Donde nadie nos molestará. Si te gustan rubias, rubias, si pelirrojas, echando fuego. ¿Eh? ¿Qué me dices?

—¿Y si te dijese que... me gusta esa que acabas de echar?

Una sombra pasó por el rostro del otro. Pero al instante, su entrecejo se aclaró.

—Entre amigos... —dijo.

—No lo decía en serio. No me gusta beber en la misma fuente que los compañeros. De acuerdo. ¿Dónde y cuándo?

—Pasaremos a recogerte en tu pesebre...

—No es necesario.

Se secó los labios con la servilleta.

—Dime dónde puedo encontrarte y nos veremos.

—En Pigalle. ¿Tienes «bañera»? (1).

—No. Pero puedo alquilar una.

—No es necesario. Nosotros llevamos coches suficientes.

—De todas formas necesito una para moverme por Paname (2). La alquilaré.

—Ve a François, en Maistre, y dile que vas de parte de Billeton. Te proporcionará la mejor de todas.

Volvió a darle un golpecito en el hombro.

—¿Conformes, viejo?

—Conformes.

—Pues áatate al cuello la cebadera e hínchate. Oye, ¿en América se vive tan bien como dicen?

—Mejor.

—Pero tú eres francés, ¿eh?

—Mitad y mitad.

—Como quien dice: ni carne ni pescado. Oye, no te ofendas.

—No me ofendo. En Pigalle, a las ocho, entonces.

—A las ocho va. Mientras tanto...

—Mientras tanto esta tarde pienso ir a algunos sitios.

—Ah, bueno, si es tu gusto...

Terminaron de comer, Billeton le estrechó la mano con efusiva cordialidad y se separaron. Después de asegurarse de que nadie lo seguía, McFumister volvió al hotel.

Meter la «Ñata», una vez asegurado de que estaba bien cargada y funcionaba, en la pistolera, no ofreció dificultad, aunque no se adaptaba del todo. Luego, sopesó la navaja que le quitara a Jean-Paul. Era buena, y tenía dos hojas, una de ellas aserrada. Se podía hacer una verdadera carnicería con aquel chisme, sabiendo utilizarlo, y él «sabía» utilizarlo.

Luego, se echó en la cama un rato y durmió una pequeña siesta. No lo sabía seguro, pero podía ser lo último que durmiera en algún tiempo.

Cuando despertó, llamó al aeropuerto y hizo reservar un pasaje para el avión del día siguiente, vuelo nocturno.

Eran las cinco. De la maleta sacó un pequeño bolsillo de cuero que se ajustaba al forro de la chaqueta en la parte derecha, por medio de fuertes automáticos.

Hurgó en la maleta y sacó un estuche de plástico guateado. Lo abrió cuidadosamente y extrajo de él un frasquito. Lo miró al trasluz. Estaba a medias lleno de un líquido amarillento.

Volvió a meterlo en el saquito. Este protegía al cristal del frasco de

tal manera que ni un fuerte golpe pudiera siquiera romperlo.

Eso era muy importante. Porque si el frasco recibía un golpe...

Hizo una mueca y metió el envoltorio de plástico en el bolsillo de piel junto al puño de hierro.

Se miró al espejo. Ni la pistola ni el bolsillo resultaban visibles al exterior.

Se puso la trinchera, cerró la maleta y salió del hotel. Había una taberna en la esquina. Entró en ella y se encerró en la garita telefónica.

Marcó un número y esperó un momento.

—¿Sí?

Era una voz de mujer.

—Gastón al habla.

—¿Cuándo ha llegado?

—Anoche. No quiero hablar por teléfono. ¿Cuándo puedo verla?

—¿Ha ocurrido algo?

—Varias cosas. ¿Cuándo puedo verla?

—¿Ahora?

—Por mí, va.

—Venga. Pero esté absolutamente seguro de que no lo siguen.

—Hasta luego.

Salió de la taberna e hizo señas a un taxi. Le dio una dirección y el coche comenzó a rodar.

Un cuarto de hora después llegaban. McFumister se apeó. Todo el tiempo había ido mirando por la ventanilla trasera del taxi, para observar si lo seguían. No había notado nada.

«Alex Modes».

Era una placa dorada, muy simple, en la fachada. Ascendió dos tramos de escaleras de mármol recubiertas por alfombra roja, y llegó al primer piso. Llamó.

Una muchacha abrió la puerta. Llevaba un ceñido suéter que permitía apreciar su pecho erguido, y pantalones negros.

—Madame me espera. Soy Gastón.

—Pase, por favor.

Le hizo entrar en una pequeña antesala, y lo dejó solo. Un momento después, una mujer de unos treinta años apareció ante él.

McFumister la miró atentamente. Había visto muchas mujeres bellas en su vida. Como aquella, muy pocas.

Alta, esbelta, de ojos verdes y boca roja. Caderas anchas, cintura estrecha, pecho alto y piernas largas. La falda, estrecha, delimitaba unos muslos en forma de uso.

—¿Gastón? ¿Qué ha ocurrido? Pero, ante todo, ¿algo de beber?

—Bueno. Whisky, si lo tiene.

Ella lo precedió hasta una habitación pequeña, alfombrada y con

las paredes cubiertas de tapices y cuadros. Abrió un pequeño bagueño y sacó una botella de «Vat 69».

—Diga cuánto.

—No le preocupe la cantidad.

Ella volvió los ojos hacia los de McFumister.

—¿Así? Tenga.

McFumister bebió de un trago.

—Ha habido un muerto, y puede que alguno más habrá antes de que acabe el día. ¿Puede comunicar con «ellos»?

—Claro que sí. ¿Ahora?

—He reservado plaza en el avión de mañana. Creo que habré terminado el trabajo entonces.

Hizo una pausa.

—Sucio trabajo.

—Le pagan para ello, ¿no?

—Sí. Me pagan y lo cumpliré.

Ella lanzó una corta risita.

—¿Qué le ocurre al gran McFumister? ¿Se ablanda?

Phil dio un paso hacia ella. Su cara estaba seria. Un gesto duro torcía su boca.

—Nunca me ablando. ¿Cómo sabe que soy yo, efectivamente?

Ella parpadeó.

—He visto fotografías tuyas. Es usted.

—Esta noche me voy a meter en un avispero.

—¿Necesita ayuda? Tengo que decirle una cosa: lo han enviado porque pensaron que usted era el más indicado para ello. Y le pagan bien.

—No he pedido ayuda. Sólo si la policía interviene puedo necesitarla.

Ella le quitó el vaso de la mano y bebió un sorbo, sin dejar de mirarle a los ojos.

—De acuerdo. Si la policía interviene, le ayudaremos. Pero no sé exactamente aún lo que quiere de nosotros,

—He reservado plaza en el avión, se lo he dicho, pero tal vez no me marche en él. Tal vez haya que enviar a otro en mi lugar, y con mi nombre, como si fuese yo.

Ella lo pensó un momento.

—De acuerdo. Se puede hacer.

—Y tal vez el hotel no sea un lugar muy seguro para mí después de esta noche. ¿Sabe de algún sitio en el que pueda meterme con ciertas garantías de seguridad?

Hubo un silencio. Ella, con un dedo en la barbilla, parecía pensar.

—Sí —dijo por fin—. 50, rue Rameau.

—¿Gente de confianza?

—Sí.

—¿Puedo ir allí a cualquier hora?

—A cualquiera. Del día o de la noche.

McFumister destensó la mandíbula.

—De acuerdo.

Se dio la vuelta.

—¿Nunca da las gracias?

El se volvió a mirarla.

—¿Por qué?

—Oh, era una simple pregunta. Una tontería.

—Sí, eso creo.

Caminó hacia la puerta. Dejó el vaso sobre una mesita.

—Probablemente no nos volveremos a ver. El mensaje en éste: «Operación tibia fracturada, en marcha».

—¿Nada más?

—Nada más.

—La tibia es uno de los «dos» huesos de la pierna. McFumister dio un fuerte golpe con la mano sobre la mesita.

—Nada más, ¿me ha entendido?

—Oh, sí, claro. Y si la policía...

—Si la policía intervine, le corresponde a usted entrar en el asunto.

—¿Cómo lo sabré?

—Porque yo se lo haré saber. No sé cómo, pero lo haré.

—Está bien. Hombre importante.

McFumister respiró hondamente.

—¿Se está burlando?

—No.

—Más vale así.

McFumister sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Hasta nunca.

—¡¡AU revoir, McFumister.

—Otra cosa. La última. Necesito un coche. Se me ha ofrecido alquilar uno en casa de François, en la calle Maistre. No quiero hacerlo. Podría ser una trampa.

—¿Un coche especial?

—Que sea rápido. Con eso me conformo.

—¿Un 404?

—No es el mejor, pero puede servir.

—Tengo uno.

—¿Suyo?

—Naturalmente, no. Pero tengo las llaves. Está en el garaje. Rue d'Antin. Estas son las llaves. Nadie le preguntará. Es gris claro.

—Gracias. Iré ahora a buscarlo.

—Otra cosa, McFumister. ¿Qué va a hacer?

—No se preocupe de eso. Cuando menos sepa, mejor.

—Si ocurre algo... recuerde que no me conoce de nada.

—Lo recordaré. Nunca hablo.

Le dirigió una última mirada, que ella le devolvió y luego salió.

Primer paso, Antin. Entró en el garaje, Un hombre vestido con un mono le echó una ojeada y pareció ir a hablarle, pero al ver cómo se dirigía directamente al «404», desistió de ello.

McFumister subió al coche, lo puso en marcha y salió.

Segunda meta: Pigalle. A las ocho aquello era un hervidero, pese a la lluvia, que en ese momento parecía caer con menos intensidad. Paró el coche y oteó.

Un hombre se le acercó, andando con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta de cuero negra

Jean-Paul.

Se miraron, impassibles. Por último, el francés le hizo una seña con el pulgar.

—Se te espera. Allá.

—Di que los sigo.

—¿Dónde conseguiste la «bañera»?

—¿Te importa, Jean-Paul?

La cara del otro, a la luz azulada de un neón, presentaba varias moraduras. Tenía un ojo casi cerrado.

—No es cosa mía, evidentemente.

—Diles que los sigo.

Jean-Paul se volvió y echó a andar hacia un «D.S.21» parado frente al café de Pigalle. El coche se puso en marcha y McFumister lo siguió.

Era difícil, relativamente, debido al tránsito, pero procuró no perderlo. Lo consiguió, yendo casi morro con trasera.

Conocía París. Bastante bien. Salieron de Montmartre y prosiguieron hacia Passy.

Aún más allá. Casas rodeadas de jardines, villas de gente rica, y por fin, el campo. Hacia las ocho y media, el «Citroën» tomó por un desvío y se paró ante una casa rodeada de un jardín, entre medias de otras dos que se le parecían bastante.

McFumister cerró el contacto y se apeó. Llevaba en la cabeza grabado el camino que había seguido. Porque una de sus principales cualidades era precisamente la memoria fotográfica. Visto un lugar, jamás se le olvidaba. Ni vista una cara desaparecería de su recuerdo.

Billeton vino hacia él, con la mano extendida.

—¿Qué hay, compadre? ¿A que tienes ganas de echar un trago?

—¿Había que venir hasta tan lejos para hacerlo?

—Claro que no, pero me gustaría que conocieras mi pesebre particular. Bonito, ¿eh?

—Lo parece, desde fuera. Y debe ser caro.

—Por dentro te gustará más. Vamos, chicos.

—Un momento.

—¿Sí?

—Jean-Paul.

Este lo miró.

—He dejado mi coche con aire en los cuatro peus. No me gustaría encontrármelo desinflado.

—Pero hombre —dijo Billeton ofendido—. ¿Cómo se te ocurre pensar una cosa así?

—Rarezas mías. Pero ya lo sabes. Y ahora, vamos.

La casa se hallaba iluminada. En efecto, estaba muy bien. Buenos muebles, modernos, un bar bien provisto y cuatro o cinco chicas, cada una de ellas provista de una carrocería impresionante.

—¿Qué te dije?

Con Billeton iban otros tres tipos. Los tres carilargos, y los tres con trajes chillones.

—Vamos, chicos, a beber. Gastón, coge a alguna de esas chicas y que te sirva. La que quieras.

—No veo aquí a la que estaba contigo.

—Pues... debería estar. Habrá ido a empolvarse la nariz... ¡Ja, ja! Aquí está.

Una puerta se había abierto y la mujer, enfundada en un traje de fiesta de color violeta claro en el que le habría costado su buen trabajo meterse, hizo su entrada, ondulando.

—Eh, Dedé, nuestro amigo preguntaba por ti.

—Pues... aquí estoy. ¿Qué se me quiere?

—Alegría, mujer, alegría. Esta noche vamos a hacer la ¡¡bomba.

Los otros tipos se habían precipitado al bar y estallan comenzando a beber. Dedé trajo un vaso y lo puso en la mano de McFumister, mientras se apoyaba en su brazo abandonadamente, mirándole a los ojos con expresión expectante.

«Primera precaución. Un tipo como Billeton no cede su amiga al primer llegado.»

McFumister rodeó con su brazo izquierdo la cintura de la mujer y bebió un sorbo.

—Vamos, hasta que le veas el fondo al vaso —dijo ella.

—Todo a su debido tiempo, nena.

«Segunda precaución: Aquella casa, pese a los esfuerzos que habían hecho para hacerla parecer habitada, no lo estaba. Algo en el ambiente se lo decía a McFumister.»

—Billeton, quiero hablar contigo.

—¿Negocios? Oye, ¿no podemos dejarlo para mañana?

—No. Quiero hablar ahora.

—Bueno, eso tiene arreglo fácilmente. Bébetelo el vaso y vamos ahí al lado, ¿eh?

—Conformes.

Pero no bebió su vaso. Lo dejó encima de la mesa y la mujer, que había sorbido parte del suyo, hizo lo propio. La estrechó más contra sí, pero cuando la soltó no fue su propio vaso el que tomó, sino el de ella. Nadie pareció advertirlo.

Lo bebió.

Luego, avanzó hacia la puerta, seguido por Billeton.

Era una sala, en la que había unas cuantas butacas y una mesa baja.

—Y bien, puedes comenzar.

—¿Cuándo puedes tener la mercancía?

—Pues... ya te dije: un par de meses y os redondearé una bonita remesa. Ya lo ves, poco tiempo, en realidad.

—Los clientes de allá están esperando sus polvos y sus inyecciones. Hay que tranquilizarlos.

—Bueno, dos meses... Debéis tener bastantes reservas de droga para resistir, ¿no? Yo nunca he fallado.

—Hasta ahora.

—Bueno, ha sido por causas imprevistas. Un par de alijos cogidos en la frontera y en el mar, como ya te dije, y... Bueno, son gajes del oficio, ya sabes.

—Lo sé. Así que dos meses. Otra cosa, Billeton. ¿Por qué me exigiste la pasta cuando estábamos en la «Cueva del Infierno»? ¿Qué pasta?

Había dejado aquello para el final. Billeton parpadeó. Su cara, más bien redondita, partida en dos por un fino bigote negro, parecía la imagen misma de la cordialidad.

—Una trampa, compadre. Una trampa por si acaso no eras el que decías ser.

Buena contestación, pero...

«Tercera precaución: Ojo. Un tocadiscos o una radio, suena fuertemente en la otra habitación. Eso puede ser peligroso. La música apaga bien cualquier otro ruido, como por ejemplo, el de un pistoletazo.»

—Así que no pensabas en la pasta cuando lo preguntaste.

—Claro que no. Una trampa, ya te digo. Si tú hubieras dicho en ese mismo momento: «¿Qué pasta, diantres, si no ha habido mercancía?», pues yo te hubiera extendido la pata y tan amigos. Explicaciones, y patatí, patatán. Todos amigos.

—Ya.

—¿Lo ves? Hablando se entienden los hombres. Y Ahora, chico, ¿por qué no vamos a reunirnos con las señoras? ¿Seguro que hay

algunas de ellas que le han echado el ojo a tu cara. Porque no eres mal parecido, diantre.

Peligro.

—Y grande. A las chicas les gustan grandes, ¿eh? Ja, ja, ja...

McFumister sonrió.

—Es una buena idea.

—Pues vamos allá.

CAPITULO IV

Había pasado una hora. Billeton había desaparecido con una de las chicas, en otra de las habitaciones. Jean- Paul bebía reconcentradamente en el bar, pero no tanto como quería dar a entender. Echaba mucha agua al whisky.

—Diablos —dijo McFumister—. Tengo la cabeza pesada. Voy a respirar un poco de aire.

Fue a la puerta de entrada, la abrió y echó una ojeada. Mientras entraba había visto cómo encerraban los coches en el jardín, en un cobertizo. Allí había quedado el 404.

Oyó tras él la respiración de Dedé.

—Hace frío, Gastón. ¿Por qué no entramos?

—Seguro.

—Hablas como un americano.

—Lo soy a medias.

El coche estaba en el cobertizo, pero, ¿lo habrían ¡¡retocado?

Entró. Cogió el brazo de la muchacha y lo acercó a los ojos.

—¿Qué buscas?

—Pinchazos.

Le levantó la falda para examinar el muslo. Limpio.

—Oye, yo no tomo porquería. ¡Me ofendes!

—Me alegro. No me gustan las mujeres que se drogan.

La abrazó. Ella lo miró con ojos invitadores.

—Hagamos lo que Billeton —dijo—. Vamos a hacer una retirada elástica, como decían los alemanes cuando los zurraban.

—¿Por qué no? Vamos.

Jean-Paul seguía junto al bar. Su cara presentaba, a la luz, las huellas de los golpes de McFumister.

Los siguió con la mirada. Dedé lo arrastró hasta la habitación vecina. Había en ella una cama tapada con una colcha azul.

—Me duele la cabeza —dijo McFumister—. Diablos, yo tomo lo mío, pero me habéis dado algo que...

Vio la alarma en los ojos de la mujer.

Hizo una pausa significativa, mirándola fijamente.

—¿Te hemos dado algo...? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, quiero decir que quizá he tomado demasiado whisky. Era bueno, pero parecía fuerte. Se me cierran los ojos, diablos.

La alarma desapareció de los ojos oscuros.

—¿Por qué no descansas un poco?

—¿Descansar? Vas a creer que soy un flojo y que no puedo llevar

estos asuntos hasta el final.

—No, hombre. Echa una cabezada. Te traeré una aspirina.

—Eso va bien, Dedé. Una cabezada sólo...

Se tendió en la cama, sin desabrocharse la chaqueta. Ella le sonrió y salió.

La mano de McFumister pendió a su lado, y cerró los ojos.

Pero no se durmió. Ni mucho menos. Estaba más despierto que nunca en su vida, porque sabía que se encontraba en peligro. Un peligro mortal. Y era un hombre que conocía el peligro. En efecto, habían debido poner algo en el primer vaso que le dieron.

Oyó el débil clic de la puerta al abrirse de nuevo.

—¿Gastón?

Respiró hondamente, pero no respondió ni abrió los ojos.

—¿Gastón?

Más fuerte. Los pasos de la chica, que llegaban hasta la cama.

Una mano le tocó la frente. No hizo el menor movimiento.

Luego, la mano, descendió hasta su pecho y se enredó en el botón de la chaqueta.

McFumister lanzó un pequeño gruñido y se dio la vuelta. La mano se apartó rápidamente, asustada su dueña, evidentemente.

Luego, los pasos que se alejaban.

Entornó los ojos. Los abrió sólo una rendija, pero lo suficiente como para verla llegar hasta la puerta y hacer una seña con la mano.

Y entonces, Jean-Paul apareció en el umbral. Traía la pistola en la mano.

—Ahí lo tienes —dijo ella en voz baja.

—El puerco. Lo único que siento es que va a estirar la pata sin darse cuenta siquiera. Sin darse cuenta.

McFumister estaba tendido de costado. Su mano, tocaba la culata de la «Ñata».

Roncó.

Y con el rabillo del ojo vio que Jean-Paul venía hacia él.

—No se te ocurra matarlo —dijo una voz desde la puerta—. No, hasta que hable. Hasta que diga por qué mató a Corrie.

Así que lo sabían ya. Mejor.

Con una perfecta sincronización de movimientos, y justo en el momento en que Jean-Paul llegaba hasta él, sacó la mano y se sentó en la cama.

—Las zarpas arriba, cerdo.

Jean-Paul lanzó una exclamación de sorpresa. Pero ésta duró poco. Muy poco.

Levantó la pistola para dejarla caer sobre la cabeza de McFumister y éste disparó.

A matar.

La bala entró en el pecho de Jean-Paul y lo tiró para atrás, mientras una mancha roja se extendía a borbotones sobre su camisa.

Luego, McFumister se tiró de la cama y rodó por el suelo.

A tiempo.

Dos balas se clavaron en la suave colcha de seda, desgarrándola. Un olor a tela quemada llegó a la nariz de Phil.

Este estaba disparando hacia la puerta, que se cerraba. Los proyectiles blindados mordieron en la madera.

McFumister se puso en pie de un salto, y fue hacia el rincón.

Allí con la «Ñata» en la mano, esperó, el oído atento, los nervios en tensión.

Carreras, gritos en la otra habitación y una voz que ordenaba que acabasen con él.

Sonrió.

Un salto más y estuvo junto a la puerta. Se colocó al lado de ésta, la espalda pegada a la pared.

Otra voz, cautelosa, hablaba en tono bajo. Durante casi un minuto, lo hizo, y luego Billeton levantó la suya.

—¡Gastón, ha sido un error! Ese idiota de Jean-Paul se ha dejado llevar por resentimientos personales. Pero si me permites que entre...

—¿A qué esperas?

McFumister lanzó una mirada. Junto a la cama había una puerta más pequeña. Caminó hacia ella, con pasos de lobo, y la abrió.

Un baño. Y en la pared frontera, un ventanillo. Pero resultaría muy pequeño para su corpulencia. No podría pasar por él.

Volvió al cuarto. Miró la cama. La colcha, quemada por las balas, le dio una idea.

La quitó, sin apartar la mirada de la puerta, y cogió el colchón. Afortunadamente, no era de muelles, sino de lana, a la antigua y sana usanza. Al menos, para él iba a ser una costumbre ¡¡muy sana.

Lo cogió, con una sola mano, mientras con la otra continuaba apuntando a la puerta, y lo colocó ante sí.

—Vamos, Billeton, cerdo traidor, ¿por qué no entra?

—¡Te digo que ha sido un malentendido. ¿Me oyes? Ese Jean-Paul...

—El segundo mal entendido en pocas horas, Billeton. Entra, si quieres, pero...

—Te aseguro... Bueno, para que veas, voy a entrar...

—Hazlo.

La manija de la puerta se movió cautelosamente.

—Vamos, entra.

La puerta se abrió. Una mano, desarmada, apareció en ella, moviéndose. Parecía gritar: «Paz, amigo».

McFumister esperó. Por fin, la mano avanzó más, y la siguió un

brazo.

Phil sabía, presentía lo que iba a seguir ahora.

Lo sentía en los huesos.

Se apartó.

La puerta fue empujada de una violenta patada, y un chorro de balas regó la habitación. Por lo menos dos de ellas fueron a enterrarse en el colchón, y lo atravesaron, pero ya sin fuerza. Un montón de vedijas de lana chamuscada se esparcieron por el aire.

La «Ñata» entró en acción. Dos secos trallazos y un aullido de dolor.

Lanzó el colchón con todas sus fuerzas contra la puerta abierta, y siguiendo el movimiento, con la mano izquierda, apagó la luz de un seco «clic» en el interruptor.

Quedó a oscuras, pero ellos no.

Veía la luz en la otra habitación, y una sombra que se movía.

Disparó sobre ella y luego, sin interrupción, sacó el frasco del bolsillo, y le quitó la envoltura de plástico guateado.

Venia lo difícil. Lo... peligroso hasta la muerte. Un solo movimiento fallido, una sola vacilación, y habría acabado McFumister.

Tiró el frasco contra la otra habitación y se lanzó al suelo de cabeza, debajo del colchón.

¡Diablos!

Una explosión sorda, una humareda, y la atroz sensación de que los pulmones le quemaban.

Tosió. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero aquello no lo detuvo.

Se puso en pie, tosiendo y atravesó la puerta. El humo, blanco, muy denso, lo cegaba.

Pero logró ver un cuerpo tendido en el suelo.

No era Billeton. De eso sí pudo darse cuenta.

El bar había volado. La nitroglicerina tiene estas bromas.

Se ahogaba. Alcanzó la puerta y la abrió de un tirón. Se exponía a un tiro, o a una puñalada, pero confiaba en que los otros estarían muy ocupados tratando de saber lo que había ocurrido.

Salió a la lluvia del exterior y caminó casi a ciegas hasta el cobertizo donde había visto el coche.

Oyó el silbido de la bala casi al mismo tiempo que la detonación.

Se agachó y corrió.

Le disparaban desde varios sitios a la vez. Por lo menos, desde dos. Uno de ellos era una de las ventanas del piso superior.

El cobertizo lo preservó durante algunos instantes, pero era evidente que los otros no dejarían pasar mucho tiempo sin intentar pasarle la cuenta de los destrozos. Metió la llave en la cerradura del

coche, y se agachó para tocar el neumático delantero.

Lo que había supuesto. Un par de cuchilladas limpias y la llanta en el suelo. Es la manera más cómoda de impedir que un tipo salga huyendo.

Cerró las mandíbulas. No podía salir en coche, por lo menos, en aquél.

En ese momento, todas las luces de la casa se apagaron.

McFumister pensó rápidamente mientras se colocaba el puño de hierro.

Resultaba evidente que Billeton no quería atraer demasiado la intención de los vecinos. Ya había habido demasiado ruido en la casa, entre los pistoletazos y la explosión de la «nitro».

Por lo cual, probablemente, ahora se lanzarían tras él con los cuchillos en las manos. Y todos ellos sabrían manejarlos bien.

El «D. S. 21» estaba junto al «404». Lo tanteó.

Cerrado, era de suponer. Y no tenía ni tiempo ni luz para hacer un puente en el encendido.

Se asomó a la puerta del cobertizo. La oscuridad, entre la lluvia, que era fina, pero incesante, resultaba absoluta.

Su situación era bastante comprometida. Ellos conocían bien el lugar y podían atacarlo desde varios sitios, cogerle donde les pareciera mejor.

Había que hacer algo y... hacerlo pronto.

Su trinchera estaba dentro de la casa. A cuerpo, tendría que afrontar la fría lluvia de noviembre. No le agradaba la idea, pero...

No le quedaba otro recurso.

Cuando se disponía a salir del jardín, oyó un ligero ruido.

Muy ligero. Como el que pudiera hacer un pequeño animal moviéndose entre las plantas.

Respiró hondo y se preparó. Alguien llegaba.

Se metió silenciosamente hacia el fondo del cobertizo, entre ambos coches.

En su mano, la «Ñata», que se había revelado como una buena camarada. El tampoco quería hacer demasiado ruido, pero si resultaba necesario..., bueno, pues lo haría.

El ruido se repitió.

Había alguien a la puerta del cobertizo, en la parte exterior.

Bueno, si querían encontrarle en aquella oscuridad, tendrían que encender una luz, y entonces él también podría tomar parte en el jueguecito.

Eso, o...

Se le erizaron los cabellos al pensar en la otra posibilidad. La de que le hicieran a él lo que él les había hecho a ellos. Un frasco con nitroglicerina o algún pequeño plástico, lo enviarían hacia las estrellas

con seguridad absoluta.

No podía quedarse quieto. Sin hacer el menor ruido recorrió de nuevo el camino hacia la salida.

El sonido se repitió. Ahora era como si alguien estuviese rascando en la pared. O quizá el roce de una prenda húmeda...

Dio un salto de tigre y salió por la puerta del cobertizo. Su mano izquierda tocó algo e inmediatamente entró en acción.

Lo que quiera que fuese, chilló ligeramente. No era un hombre, sino una mujer.

La abrazó con las dos manos, y algo metálico cayó al suelo. Su mano izquierda buscó la cara de la mujer y le tapó la boca cuando ya iba a lanzar otro aullido.

—¡Cállate o te abro! —dijo ferozmente, pero sin levantar la voz.

La mujer dejó de resistir inmediatamente. A la nariz de McFumister llegó su olor. Y era inconfundible. Gran parte de la noche había temido aquel olor cerca. Era Dedé.

—¿Dónde están? —preguntó.

—No... no lo sé. Yo quería huir...

El pie de McFumister tocó lo que había caído al suelo. Una pistola, probablemente, dado el peso. Tiró de la mujer hacia atrás.

—Si intentan algo contra mí, tú vas a ser la primera en sentirlo —dijo.

Ella se puso rígida.

—¿Qué intentan? Vamos, habla pronto o te mato.

—No lo sé.

—Bueno, lo siento por ti. Corremos la misma suerte sea lo que sea.

La sujetaba con todas sus fuerzas, pero estaba atento al menor ruido que pudiera provenir del jardín o de la casa. Nada. El monótono fluir de la lluvia y nada más.

Una idea pasó rápidamente por la mente de McFumister.

—¿Tienes la llave del coche?

—No... —pero no había mucha convicción en su tono.

—¿Quién la tiene?

—No lo sé. Billeton, supongo.

—Chilla. Di que estoy tendido en el suelo. Vamos, Chilla.

Le soltó la boca. Ella gritó.

Pero no lo que McFumister quería.

—¡Está aquí! ¡Me tie...!

Volvió a taparle la boca, y tiró de ella hacia atrás.

A tiempo, justo a tiempo.

Una bala maulló por encima de sus cabezas y fue a golpear en la urulita del techo del cobertizo. Minúsculas partículas cayeron sobre la pareja.

—Pues bien, vas a tener lo tuyo.

Le dio un puñetazo en la mandíbula y el cuerpo pendió flácido entre sus brazos. Lo dejó caer al suelo. ¿Para qué diablos le habían enviado a aquella mujer? ¿Por qué no había ido uno de los hombres?

Se agachó y recogió el bolsillo de la chica. Hurgó en él rápidamente, tanteando y desechando los objetos en la oscuridad. Un manojo de llaves se ofreció a su tacto.

No había tiempo que perder.

Cogió las llaves y a tientas eligió una de las pequeñas. La metió en la cerradura del «D. S. 21», y con un suspiro de alivio comprobó que era la apropiada.

El coche se abrió.

Cogió el cuerpo de la mujer y lo metió en el coche. Lo empujó para que no le estorbase y se sentó ante el volante.

El rumor de la puesta en marcha y el acelerón, le parecieron atronadores.

Cambió y el coche salió hacia atrás, rozando las puertas del cobertizo. Recordaba el jardín, la situación del sendero que llevaba hasta la puerta y recordaba también que no había árboles.

Volvió a cambiar, hizo un giro con el volante, y se lanzó hacia donde sabía que estaba la salida.

Esta vez no se anduvieron con precauciones. Las balas se estrellaron en la carrocería del «citroën», y una de ellas pegó en el vidrio de la ventanilla derecha. El cristal se convirtió en una tela de araña.

McFumister se encogió sobre el volante y embocó la salida como un bólido. Otras dos balas y... se encontró en la carretera, barriéndola con los faros amarillos.

Apretó el acelerador, mientras a su lado sentía un ligero rebullir.

—Quieta —le dijo con voz tensa—. Si te estás quieta no te ocurrirá nada. Pero si no...

La miró con el rabillo del ojo. La muchacha se había erguido, y lo contemplaba con los ojos muy abiertos.

Apretó el acelerador a fondo. La carretera estaba vacía. De vez en cuando, una quinta, un bloque de casas, pasaban velozmente por su lado.

Pero había logrado salir.

¡¡Lo había logrado.

—Tu Billeton no pasa de ser un aficionado. Dedé. Y aún no hemos terminado con él. Cuando vuelva a encontrármelo, se va a acordar de mí toda su vida. Es decir, lo que entonces le quede de vida, que no va a ser mucho. A mí no me tiende una trampa como ésta sin que alguien lo pague más tarde o más temprano.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —preguntó ella temerosamente.

—No lo sé..., aún. Tú eres la chica de Billeton, ¿no?

—¿El? El no tiene una chica. Tiene siempre más de una.

—¿Así es el tipo, eh? ¿Lo quieres?

—Yo qué sé. Me paga bien.

—Comprendo. Es lo que importa, ¿eh?

—Hay que vivir.

Ella parecía más tranquila. Al parecer, el hombre no se proponía hacerle daño inmediatamente.

—Y ahora, pequeña, ¿qué pensaban hacer conmigo?

—No lo sé.

—Vamos, habla. Habla o te arrojo del coche, y vamos a noventa y cinco.

—Sólo sé que..., bueno, yo tengo que hacer lo que me mandan, ¿no?

—Deja eso ahora. ¿Qué había en el vaso que me diste?

—Algo para dormir.

—Y cuando me despertase, ¿qué?

—No lo sé, ya te digo. Pero les oí algo acerca de un canal en el Marne.

—Comprendo.

Los canales del Marne y del Sena han sido siempre magníficos alojamientos para un tipo al que se quiere hacer desaparecer durante algún tiempo. Luego vuelven a salir, las gabarras y las chalanas los encuentran liados en las hélices, pero para entonces las pistas se han cerrado.

—Cerdos.

—Escucha, yo no tengo ninguna culpa.

—No, claro tú sólo haces lo que te mandan, ¿verdad? incluso si es narcotizar a un tipo para que luego lo tiren al canal cortado en trozos.

Los bloques de casas arreciaban. Estaban llegando a las afueras de París.

—¿Por qué no me dejas aquí? —preguntó ella.

—No, nenita. Tú vas a venir conmigo. Eres una especie de salvoconducto.

—Si crees que Billeton se va a preocupar por lo que me pase a mí, estás listo. No le detendría ni un solo minuto.

—¿Por qué quiere acabar conmigo?

—No lo sé.

Habían entrado ya. Las calles estaban casi vacías, a aquella hora de la madrugada.

McFumister pensó un momento. No podía ir al Hotel «Franconia» con ella. Y tampoco podía matarla. Había que buscar una solución.

Paró el coche.

—Escucha —dijo—. Vas a buscar de nuevo a tu querido Billeton y le vas a decir que ya nos volveremos a ver.

Ella suspiró, evidentemente tranquilizada.

—Se lo diré, Gastón.

—Y dile también que...

Hizo una pausa.

—Que cuando nos volvamos a ver, uno de los dos va a quedar enseñando las tripas al sol.

Ella se inclinó hacia McFumister.

—Se lo diré. Y... gracias.

—¿Por qué?

—Por... dejarme salir. Pero no sé ahora lo que hará Billeton. No le gusta cuando las cosas le salen mal. Se pone como loco y...

—Telefonéale si no te atreves a enfrentarte con él.

La cara de la mujer estaba muy cerca de la suya.

—¿Para qué te enviaron al cobertizo de los coches?

—Para sacar el «citroën» y que no pudieras tú utilizarlo.

—¿Sin importarle que yo te matase pensando que llegaba un tío?

—Billeton no se fija en esas cosas. Tú, sí, ¿verdad?

—Hasta ahora, sí, pero a partir de ahora... cuando vea acercarse a una chica como tú, la miraré dos veces, y con la punta de la pistola.

Ella lo besó. Una oleada de placer corrió por la espalda de McFumister. Aquella chica sabía besar, vaya si sabía.

—¿No podrías llevarme contigo? Le tengo miedo a Billeton.

—No puedo. No quiero que conozcas mi pesebre.

Los ojos de la mujer brillaron como los de los gatos en la oscuridad.

—¿No? Pues déjeme que te diga una cosa, buen mozo: Billeton sabe dónde te alojas. Lo sabe y..., bueno, tú no me has tirado a la carretera como habrían hecho otros y por eso te voy a decir: Si vas allá, lo más probable es que los encuentres esperándote.

McFumister lanzó una breve maldición.

—Así que lo sabe. ¿Quién se lo dijo?

—Eso no lo sé. Escucha, si quieres...

Estaba tan cerca de él que entre ambos cuerpos no hubiera cabido ni un papel de fumar.

—Si quieres, tengo un sitio en el que podrías ocultarte.

—¿Dónde?

—En Pigalle. Mi pisito. Tengo una caja de cerillas, pero es mía y pocos saben que existe.

—Pero lo sabe Billeton.

—Nunca creería que tú estuvieras allí. Se cree irresistible para las mujeres, pero la verdad es que resulta una medianía como amante. Nunca te iría a buscar allí.

—Dame las señas. Tal vez lo haga.

—¿No ahora? —preguntó ella con acento de decepción.

—No, ahora no. Pero tal vez más adelante. Tengo algo que hacer antes.

Ella le dio las señas.

—Y ahora, esfúmate, nena.

—No olvides las señas. Yo no sé si me enfrentaré a Billeton o no. Le tengo miedo.

Abrió el coche y se lanzó afuera. McFumister lo puso en marcha y se dirigió hacia Montmartre.

CAPITULO V

—Dos caballeros han preguntado por usted, monsieur McFumister. Este miró al encargado del hotel. El empleado parecía serio.

—¿Por mi nombre?

—Oh, no, por un caballero americano, pero me han dado sus señas personales.

—Ya. ¿Qué aspecto tenían?

El empleado examinó discreta, pero desaprobadoramente el propio aspecto de McFumister.

Este estaba mojado y tenía parte del mechón de pelo que le caía sobre la frente, chamuscado. Sonrió

—Pues... si me permite monsieur, parecían...

Hizo un gesto.

—¿Les ha dicho que subieran?

—No, monsieur, desde luego que no. Me dijeron que ya lo verían.

—Comprendo. Si vuelven, avíseme.

—Sí, monsieur.

Subió a su cuarto rápidamente. Abrió la puerta y echó una ojeada, mientras llevaba la mano a la «Ñata»

Alguien había estado allí. Probablemente mientras dos de ellos entretenían al conserje medio dormido, otro había estado actuando en el cuarto.

Fue a la maleta, guardada en el armario y la miró. También la habían registrado. Afortunadamente, no llevaba en ella nada comprometedor.

El teléfono sonó mientras estaba cerrando el armario.

—¿Monsieur? Esos caballeros acaban de preguntar de nuevo por usted.

—¿Están ahí?

—No, monsieur, se han marchado de nuevo cuando les dije..., bien, quizá me haya excedido, pero me pareció que monsieur tenía ganas de descansar y les dije que no había llegado aún.

McFumister le dio las gracias, apagó la luz y fue a la ventana. Daba a la calle Abbesses. Miró. Había dejado el «Citroën» en la esquina. Y había un hombre junto al coche.

Apretó las mandíbulas. Se movían muy rápidamente, pero..., ¿quién les habría dicho donde se alojaba?

Bueno, había que moverse también. No podía continuar en el hotel. Miró el reloj. Las cuatro de la mañana.

¡Cuántas cosas habían transcurrido en tan poco tiempo!

Lamentaba tener que desprenderse de una buena maleta, pero no había más remedio. Quizá podría volver más tarde a recogerla, pero por el momento lo más importante era desaparecer de allí. Los hombres de Billeton sabían gastar bromas tan pesadas como las suyas propias y ahora estarían rabiosos.

Se aseguró de que la navaja podría salir fácilmente de su bolsillo de cuero, lo mismo que el puño de hierro y se afirmó el arnés en que llevaba la «Ñata».

Aquella pistola no acaba de gustarle. Una de las primeras cosas que tenía que hacer era cambiarla por su arma favorita, el «Colt 45», el arma mortal de necesidad cuando se dispara con ella a un tipo a diez metros de distancia. Un arma que podía partir casi a un hombre en dos.

Pero pasear por París con un «Colt» de ese tamaño era exponerse a muchas cosas.

Por ejemplo, a explicaciones enojosas con la policía. Y además, armaba un ruido de todos los diablos.

Cerró cuidadosamente la puerta detrás de sí. y comenzó a bajar las escaleras. Todo el hotel parecía dormir.

El empleado estaba accionado en la centralita.

—Tengo un horroroso dolor de muelas —dijo McFumister—. ¿No tendría usted un poco de aceite de clavo?

—No, señor, lo siento.

—Buscaré una farmacia lo más cerca posible. No podría dormir con este dolor espantoso.

—Sí, señor. Este..., ¿me permite decirle que esos individuos no parecen muy... recomendables? El hotel es serio, monsieur, y nuestras normas...

—No se preocupe por ellos.

—No, señor, pero...

—Bueno, hablaremos cuando vuelva de la farmacia. En último caso, con mudarme a otro hotel...

—Oh, no se trata de eso, monsieur, pero...

—Luego, más tarde.

Salió. Al llegar a la puerta, lanzó una mirada. El «citroën» continuaba en la esquina, pero no veía a los hombres por ninguna parte.

Claro que...

—Sí, eso es —dijo en voz baja.

¿Qué habría hecho él? ¿Esperar fuera, bajo la lluvia o meterse en el coche?

Sonrió y comenzó a caminar por la acera. Solamente algunas ventanas permanecían aún iluminadas, en la tranquila calle de Abbesses. Un farol lanzaba sus resplandores sobre la calle,

reflejándose en los charcos, cerca del automóvil.

Ahora ya habían debido descubrirlo. Bien, si no disparaban primero... habría algunas probabilidades. Por un momento había pensado en caminar en dirección opuesta a aquella en que estaba el «D. S. 21», pero lo había desechado. Lo perseguirían con el coche, en el cual se habían introducido probablemente con la llave de Billeton, que debía tenerla duplicada, y lo matarían como a un perro, aplastándolo contra la pared.

No, esto era lo mejor... si no comenzaban los fuegos artificiales sin avisar.

Estaba llegando. Oyó el suave, casi inaudible rumorear del motor en marcha.

Ya.

La portezuela que daba a la acera estaba entreabierta. McFumister llevaba la mano metida debajo de la chaqueta.

La portezuela se abrió más aún. Una mano la sujetaba, y un pie estaba en la calzada.

—Compañero.

—¿Queréis lío?

—Vamos, entra. Te estamos apuntando.

—Estamos iguales. Si queréis jaleo no tenéis más que seguir impidiéndome el paso, muchachos.

—Entra y no hagas tonterías. Te podríamos convertir en colador.

El farol iluminaba levemente dos caras en el interior del coche. McFumister se acercó un paso más.

—¿Os envía Billeton? ¿Aún no tiene bastante ese traidor?

—Vamos, entra.

La portezuela se abrió un poco más aún.

Y McFumister actuó.

Dio una patada a la puerta y ésta entrampilló la pierna del hombre. Lanzó un estufido. La ventana delantera estaba rota, con un limpio agujero del que partía como una tela de araña. Eso le impedía a McFumister ver la cara del individuo que se sentaba ante el volante.

Pero no se detuvo. Sacó la «Ñata», abrió de nuevo la portezuela y metió el cañón del arma hasta hacerla chocar contra la mandíbula del que gruñía.

Un buen golpe. Luego, con la misma celeridad, lo echó para atrás, al tiempo que el conductor se volvía para disparar sobre él. Y llevaba un silenciador en la boca del arma.

Bueno, eso era cosa de ellos.

Lo suyo era...

Apartó el cañón con la mano izquierda y volvió a golpear, esta vez a la cabeza. Aquellos apaches no habían pensado algunas cosas. Una de ellas, que un hombre en pie se mueve más velozmente que un

hombre sentado.

Golpeó una, dos veces, tres y luego volvió al otro, que gemía en un rincón. La portezuela le debía haber hecho mucho daño en la pierna.

Le dio en la cara, hasta atontarlo. Luego, con la misma rapidez, abrió la portezuela de delante, y se metió en el coche.

Los dos hombres estaban caídos, uno sobre el volante, el otro en el asiento trasero, y parecían groggy.

Tiró del primero de ellos y se colocó ante el volante. Cerrar las portezuelas y apretar el acelerador, le llevó muy poco tiempo. El coche se puso en marcha suave, aceitosa, hacia Pigalle.

Había aún algunas busconas retrasadas en la plaza, pero ya habían acabado la mayor parte de los espectáculos nocturnos. Cruzó la plaza y siguió por la calle Figalle hacia el sur.

Hacia el Sena.

Cuando llegó a los muelles, paró el coche, ante una de las bajadas al río provistas de escalones de piedra.

Lanzó una mirada a su alrededor. Ni un gendarme, ni un noctámbulo, aunque suponía que bajo el puente estaría lleno de ¡¡clochards, de vagabundos, que dormían allí pese al frío.

Se bajó, lanzó otra mirada y luego sacó los dos cuerpos. Los dejó junto al pretil, por encima del terraplén y volvió al «Citroën». Un momento después arrancaba hacia la calle Rameau.

El número 50 estaba cerca del final, frente a la Biblioteca Nacional. Dejó el coche en la calle de Santa Anne al otro extremo y volvió sobre sus pasos. Era posible que volviese a necesitarlo, pero no quería tenerlo demasiado cerca de la casa que le había indicada la dueña de la «boutique». Podía ser peligroso, si un gendarme nocturno o alguno del turno matutino veía el agujero del cristal, indudablemente de bala.

Número 50. Una casa de cuatro pisos. Abrió el portal y encendió la luz del automático. 4° piso, recordó, Cachet.

No empleó el ascensor. A aquellas horas de la madrugada alguien podría asomarse para ver quién subía.

Llegó al cuarto piso y llamó a la puerta que tenía una plaquita de coche. Cachet.

La luz de la escalera duraba aún. Se colocó frente a la mirilla, y esperó.

Probablemente, alguien le preguntaría quién era o bien...

La puerta se abrió lentamente.

—Pase.

Entró. La puerta se cerró tras de él y una luz se encendió, cegándolo momentáneamente.

La mujer estaba ante él.

Vestía una vaporosa bata de color violeta. El cuello de un pijama

rojo asomaba por la parte superior de la prenda.

—¿Usted?

—Sí. ¿Qué ha ocurrido?

—¿¡¡Usted es Cachet?

—Yo soy.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Lo que no supiera no podía hacerle daño, Gastón. ¿Qué ha ocurrido?

—Líos. Y he tenido que dejar el hotel. Probablemente mañana por la mañana la policía esté allí.

Ella lo miraba con unos ojos que podían competir con el color de la bata. Su cabello, rubio oscuro, pendía en ondas suaves, limpias, sobre sus hombros.

—Pase. Me explicará.

Lo introdujo en una cocina grande, limpia, y le indicó una silla.

—¿Qué ha ocurrido?

McFumister se dejó caer en la silla. No estaba cansado, pero todo aquello daba una sensación tal de hogar, de limpieza, que permanecer de pie parecía una tontería.

La miró. Ella se había dirigido al frigorífico.

—¿Quiere beber algo?

—Whisky, si tiene. Y café.

—¿Las dos cosas?

—Sí, y no se preocupe por la cantidad. Podría beberme una cafetera llena.

Ella calentó agua rápidamente, y le añadió café en polvo. Llenó una taza y se la presentó. Pese a que ardía, McFumister la consumió en dos tragos.

Cuando acabó, tenía una botella de «Royal Highlander» delante, y un vaso.

Lo llenó y lo paladeó, sin dejar de mirarla.

—¿Cómo se llama? ¿Alex?

—No. Alex es mi nombre de guerra.

—Bueno, de algún modo tengo que llamarla.

Ella repitió el mismo gesto de la tarde: le cogió el vaso y bebió un trago. Luego, encendió dos cigarrillos y le ofreció uno.

—Bueno, ¿qué es lo que ha ocurrido? Estoy impaciente por saberlo. No hubiera usted venido aquí a no ser por que las cosas se han puesto calientes. ¿No es así?

—Ardiendo. Me tendieron una trampa. Yo sabía que lo era, pero quise seguir hasta el final. Y estuve a punto de no contarle.

Se lo explicó. Ella le escuchó, fumando pensativamente.

Cuando terminó, dijo:

—Así que en estos momentos Billeton sabe que usted no es Gastón.

—No lo sé. Sólo que, sea o no Gastón, quiere acabar conmigo. Le corre prisa, pero..., ¿por qué?

Dio un golpe sobre la mesa.

—¿Y quién le ha dicho dónde me alojaba yo?

La mujer se encogió de hombros.

—Ni idea. Y usted piensa que la policía meterá las narices en el asunto.

—He dejado el coche en la esquina de Sainte Anne. Puedo llevármelo más allá.

—Tal vez sea necesario. No me gustaría que descubriesen que vivo aquí.

—No, claro que no.

—Hay algo que no entiendo. Billeton le ha estado pidiendo el dinero. Dijo que era una trampa que le tendía para saber si usted verdaderamente era el enviado que esperaba de los Estados Unidos.

—Eso —dijo McFumister lentamente—, es lo que dijo. Y parece creíble.

—Pero... él sabe que si lo mata a usted, si usted es verdaderamente Gastón, es decir, el hombre que espera,

y lo mata, los de allá enviarán a otro. No puede pensar que van a ser tan tontos como para quedarse sin la mercancía, que ya han pagado en parte.

—No.

McFumister la miraba. Veía cómo ella iba desarrollando lógicamente su pensamiento.

—Entonces..., ¿qué es lo que quiere? ¿Quedarse con las drogas, si es que las tiene, para repartirlas él por su cuenta?

—Siga.

—No lo creo. Los americanos pagan mejor que nadie. Tienen una organización perfecta para la distribución, a red de los adictos, los ganchos en las Universidades lo tienen todo. ¿A quién mejor podría pensar en vendérsela?

Hizo una pausa. McFumister no la interrumpió.

—O bien, es cierto que la ha perdido, pero en ese caso, ¿por qué ese interés en liquidarlo a usted? ¿En silenciarlo?

—Siga. Hay una respuesta lógica.

Ella aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—La hay. Saben que usted...

—Sí. Ignoro cómo infiernos lo han logrado saber, pero es que es la única respuesta lógica.

Se puso en pie y estiró los brazos.

—Y...

Caminó hacia ella.

—Sólo pueden saberlo, si alguien se lo ha dicho.

—¿Tal vez alguien desde los Estados Unidos?

—Tal vez, pero..., tal vez desde aquí, quizá.

—Un momento. ¿Me está acusando? ¿A mí?

—No, nena, yo no acuso sin tener pruebas, y en este caso no las tengo.

Ella frunció los ojos. En la cocina hacía calor. Su bata se había desanudado.

El pijama, carmesí, pero transparente, revelaba sus formas precisas, sus curvas suaves, turgentes...

McFumister sintió que la sangre le golpeaba en las sienes. Estaba bella, tan bella que cortaba la respiración.

Ella lo notó. Algo debió leer en sus ojos. Su mano izquierda bajó al cinturón de la bata, para anudarle de nuevo.

—En ese caso..., ¿a quién?

—No lo sé... todavía.

—Tiene usted la mente bastante necesitada de una limpieza, McFumister.

—Mi nombre es Philip. Phil.

—No me importa. Tiene la mente sucia. Sospecha de todo el mundo, ¿no?

—Cuando se me persigue como una alimaña, sospecho de todo el mundo.

—Usted que es...

—Deje aparte lo que soy. Por el momento, sólo un hombre al que persiguen y que no está dispuesto a dejarse degollar.

Alargó la mano y la puso sobre el hombro de la mujer. A través de la seda le llegó el calor del cuerpo femenino.

—Suélteme —dijo ella serenamente.

—¡Condenación, usted...!

—Suélteme. Para hablar no necesita las manos.

McFumister la soltó, y buscó un cigarrillo entre sus ropas. Solía llevarlos en la trinchera, y ésta había quedado en la casa de campo de Billeton.

Ella comprendió su gesto, pero no hizo el menor movimiento para ayudarlo.

—¿No tiene un cigarrillo?

—Tengo.

Le tendió un paquete de «Camel». McFumister encendió uno. Se volvió a sentar.

—Escuche —dijo ella. Su voz sonaba dura—. Le di estas señas porque pensé que podría necesitarlas, y es mi deber ayudarlo. Pero...

Hizo una pausa.

—Pero no piense que habrá nada más. Sólo lo ocultaré y lo alojaré hasta que pueda salir sin peligro. Nada más. ¿Queda eso bien

entendido?

—Sí, infierno, no necesita insistir tanto.

—Sí lo necesito. No me gusta cómo me ha mirado. No soy una de esas busconas de Place Pigalle.

McFumister sonrió.

—¿Lo dice por Dedé?

—Lo digo por todas ellas. Va usted a dormir en un diván en la sala. Y mañana..., bueno, luego, hablaremos y decidiremos lo que hay que hacer.

McFumister no respondió. Fumaba pensativamente.

—¿Me ha entendido? Estoy hablando con usted.

—La he oído. No tengo nada que oponer.

—Si la policía interviene, ya veré lo que puedo hacer. Pero hasta entonces, usted...

—Calle un momento.

—¿Qué ocurre?

—Simplemente, quiero pensar.

Lo hizo, durante unos minutos. Casi cinco. Luego, se puso en pie.

—¿Dónde ha dicho que puedo dormir?

Ella pareció un poco decepcionada.

—En la sala. Se lo indicaré.

Salió de la cocina y llegó a la sala. El diván podía transformarse en una cama, un poco estrecha, quizá, pero cómoda. La arregló en un instante, mientras McFumister la contemplaba. Cuando acabó:

—Que descanse.

McFumister no se movió de su sitio. Estaba con la espalda apoyada en la pared, y tenía los ojos entornados.

—¿No tiene miedo?

—¿Yo?

—Usted.

—Nunca he tenido miedo. Usted no me lo da.

—No me refería a mí. Me refería a «ellos».

—No me dan miedo.

—Bueno, o usted es muy valiente o...

—No lo diga.

—Lo diré. O... Bueno, sólo puedo advertirle una cosa. Si esta noche, o mañana por la mañana alguien llega a saber que yo he dormido aquí, usted y yo vamos a tener una buena conversación. Muy sabrosa.

Y nunca amenaza en vano.

—Si eso piensa, ¿por qué no se larga?

—Porque... tengo mis dudas, pero quiero aclararlas.

Y cuanto antes mejor.

—Entonces, le voy a decir una cosa a mi vez: usted no es más que

un esbirro pagado. A usted le pagan y lo único que tiene que hacer...

Los ojos de la mujer brillaban con furia. Hablaba con voz ligeramente entrecortada.

—Usted...

—¿A usted no le pagan?

El pecho de la mujer jadeaba, se levantaba a impulsos de la respiración. Ni la bata ni el pijama podían ocultarlo.

McFumister se quitó la chaqueta. Quedó a la vista el arnés con la «Ñata».

—Mire, como se llame: ignoro si he matado a tres o cuatro hombres. No me venga con esas. Me pagan para matar, de acuerdo, pero usted se lleva de ello una parte. Gracias a tipos como yo, usted puede vivir en un piso como este...

—¡Cerdo, cállese!

—Hablaré cuanto me venga en gana. Gracias a mí. No lo olvide.

Hizo un gesto con el brazo.

—Y ahora, si no quiere comprobar que en ¡¡sleeps tengo un extraordinario parecido con Rock Hudson..., ¡esfúmese!

Ella taconeó hacia el dormitorio. Hasta McFumister llegó el ruido de la puerta al cerrarse, y el chasquido del cerrojo.

Sonriendo, caminó hacia el baño. Se dio una ducha fría, otra caliente y luego, desnudo, volvió a la sala. El diván, aunque estrecho, era cómodo.

Se durmió casi al instante.

CAPITULO VI

Despertó con la boca seca. Por la ventana entraba una luz fría, teñida de lluvia.

Apartó las sábanas y se puso los pantalones. No se oía ni el menor ruido.

Caminó al baño y bebió un vaso de agua. Luego, golpeó la puerta del dormitorio de la mujer.

Silencio.

Con el entrecejo fruncido, movió la manija. Esta cedió y la puerta se abrió.

El dormitorio estaba vacío, la cama hecha. Olía a agua de colonia.

Miró su reloj. Las once. Naturalmente. Ella habría ido a la tienda de modas.

—¿O no?

El teléfono sonó cuando se estaba poniendo la camisa. Phil lo miró y luego, lentamente, lo tomó. Pero no habló.

—¿McFumister?

Era la voz de la muchacha.

—Sí.

—Le he llamado antes. ¿No oyó el teléfono?

—No.

—No se mueva de ahí. Yo iré a verlo a mediodía.

—¿Por qué no debo moverme?

—Porque supongo que no habrá leído el periódico, claro.

—Naturalmente que no.

—Bueno, yo se lo llevaré a mediodía. No se mueva.

—Tengo hambre.

—En el refrigerador encontrará todo lo necesario. Pero no se mueva.

—De acuerdo. La espero.

Ella colgó. Lentamente, McFumister hizo lo propio.

Se vistió rápidamente. Luego, se acercó a la ventana. Nada llovía.

No podía salir si no quería exponerse a no poder entrar de nuevo. No tenía la llave.

Por tanto, no cabía más que esperar.

Se preparó un buen desayuno, con dos tazas de café, tostadas, mermelada y jamón. La nevera estaba bien provista.

A las doce y media, la puerta se abrió. McFumister estaba junto a ella, con la mano en la culata de la «Ñata».

La joven entró. Lo miró.

—¿Quién pensaba que entraría? —preguntó al ver su actitud.

—Suponía que usted, pero si acaso no...

—¿Sigue creyendo que fui yo quien los avisó?

—No.

Ella llevaba en la mano «Le Figaro». Se lo tendió.

En la segunda página estaba. La noticia de que un policía había descubierto los cuerpos de dos hombres golpeados en la orilla del Sena. Y daba los nombres. Los dos, según el periodista, eran antiguos conocidos de la policía. Y un poco más abajo, la noticia de que el encargado del hotel «Franconia», había dicho que uno de sus clientes, un americano, cuyo nombre no daban, había desaparecido.

McFumister tiró el periódico sobre la mesa.

—Bueno, ¿qué es lo que teme usted?

—Los policías nunca dicen a los periodistas todo lo que saben. Usted no puede volver al «Franconia», so pena de encontrarse a los gendarmes dispuestos a hacerle unas cuantas preguntas.

—En ese caso..., usted entraría en juego —dijo McFumister sonriendo torcidamente.

—¿Es eso lo que usted quiere?

—Desde luego, no, pero tengo mis cosas en el «Franconia».

—Olvídese de ellas, al menos por el momento.

La muchacha taconeó hasta la cocina.

—¿Ha desayunado?

—Sí.

—Traigo comida para usted.

McFumister la había seguido. La contempló mientras ella se quitaba la gabardina blanca, con un cinturón.

—No puedo permanecer aquí indefinidamente. He de encontrar a Billeton. Tenemos una deuda pendiente.

Ella se volvió.

—Si quiere hacerme caso, no salga hasta la noche, por lo menos. Así que no piensa...

Hizo una pausa.

—¿No piensa tomar ese avión?

—No.

—Lo comprendo. Bien, ¿quiere comer?

—Ahora no, desayuné hace un rato, solamente. Me he dormido como un tronco.

—En ese caso, no le importará que lo haga yo.

McFumister la contempló mientras dormía. El fumaba un cigarrillo. Cuando acabó, le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Monique. Monique Cachet es mi nombre. Y, bien, ¿qué va a hacer? ¿Cómo piensa encontrar a Billeton?

—Tengo una idea.

Ella cogió un cigarrillo y con él en la boca extendió los labios para que McFumister se lo encendiera.

—¡Condenación! —dijo éste—. Monique, ¿puede enviar a alguien para que ocupe mi lugar en el avión? Me dijo que tal vez pudiera hacerlo.

—Puedo. Pero también podemos anular el vuelo.

—Si la policía conoce mi nombre y ha hecho investigaciones en el aeropuerto, me estarán esperando allí.

—Si. Déjeme pensarlo.

Permaneció unos momentos pensativa. Luego, su rostro se aclaró.

—Trataré de arreglarlo.

—¿Cómo?

—Deje eso para mí.

Sonrió por primera vez.

—Si se fía de mí, naturalmente.

—No tengo más remedio.

Le puso una mano en el hombro. Ella miró la mano y luego levantó los ojos hasta encontrar los del hombre.

—Monique...

—¿Sí?

—Dispense lo de anoche. Estaba cansado.

—Lo he comprendido.

Cogió la mano de él y la apartó. Pero McFumister, muy cerca de ella, la tomó por los brazos y la atrajo hacia sí. Por un momento ella resistió, sin palabras, poniendo tenso el joven y bello cuerpo. Luego, lentamente, cedió y los labios de ambos se unieron.

Cuando se apartaron, ella dijo:

—¿Qué es esto? ¿Qué quieres?

—A ti —respondió en voz baja.

—Tengo que volver a la «boutique».

—¿No puedes faltar esta tarde?

—Podría... si hubiese algún motivo imperioso que me obligase a ello.

—Yo soy bastante ¡¡imperioso.

La besó de nuevo. Un suave calor le corría por la espina dorsal. Entre sus manos sintió el cuerpo de ella temblar ligeramente.

—Suéltame —dijo Monique en voz baja—. Suéltame. No puedes obligarme...

—No intento obligarte.

McFumister se apartó, y sus manos buscaron un cigarrillo. Se lo puso entre los labios.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos. Luego con lentitud, le quitó el cigarrillo.

—Telefonaré diciendo que no voy a ir.

—¿Crees que alguien puede sospechar de ti?

—Nadie.

—En ese caso...

—He visto el coche en Sainte Anne. Ya tenía la multa puesta. Esto es zona de aparcamiento limitado «Gastón».

—Me lo llevaré a la noche.

Tendió los brazos y la mujer, tras una corta vacilación, se colocó entre ellos.

—Cariño —dijo él.

—No hables. No, por favor, no hables.

* * *

McFumister encendió un cigarrillo, mientras ella se peinaba.

—¿Qué vas a hacer? ¿Cuál es tu plan? —dijo Monique volviéndose hacia él con el peine en la mano. Su bata violeta, ajustada a su cuerpo, permitía al hombre contemplar sus formas suavemente redondeadas. Vestida parecía delgada. En la negligé actual, McFumister podía comprobar que no lo era. Bueno, en realidad, ya lo había comprobado.

—Voy a buscar a Billeton. Sé dónde puedo encontrarlo. Y si no a él, por lo menos sí a quien me pueda llevar hasta él.

—¿Esa... mujerzuela?

—Sí.

Monique sonrió.

—¿Es más bella que yo?

—No serviría ni para descalzarte. ¿Tienes celos?

Ella sonrió. Lo cogió por las solapas de la chaqueta, lo atrajo hacia sí y le besó en los labios.

—No. Pero..., ahora tenemos que pensar seriamente lo que hemos de hacer.

—Yo no soy capaz de pensar seriamente mientras estás tan cerca. Apártate un poco y hablemos.

—Necesitarás un coche, ¿no?

—Sí, pero si cada vez que necesite uno te lo inutilizo como el «404», la cosa puede ser monótona. Utilizaré el «D. S. 21», pese a la multa. Arregla el asunto del pasaje del avión y...

Se detuvo con el cigarrillo a medio camino de los labios.

—Diantres. Me estaba olvidando de una cosa.

—¿Sí?

—Puede que haya algo que tenga que hacer antes de ver a esa Dedé. Si tú no fuiste la que me denunció a Billeton, tiene que haber sido otra persona.

Ella pensó un momento.

—¿Matathieu?

—Pudiera ser. A Corrie no le di tiempo. Tendré que buscar a

Matathieu.

Ella se dirigió hacia el teléfono. Marcó un número.

—Alex al habla.

McFumister le puso una mano sobre el hombro. Ella se volvió para mirarlo y con la boca, sin que de ella saliese sonido alguno, formó la palabra: «espera».

—Hay dudas sobre Matathieu. Oh, no yo. Gastón. Sí, lo he visto.

Esperó un momento. Una voz reposada hablaba al otro lado, pero por más que McFumister se acercó no pudo oír lo que decía.

—Sí, conforme. Tal vez los necesite. Volveré a llamarlos más tarde. Escucho.

Lo hizo durante unos segundos. Luego, agregó:

—Conformes.

Colgó.

Se volvió hacia McFumister.

—No querían decírmelo, porque temen... —sonrió—. Temen tus impulsos, «Gastón». Pero he logrado que colaborasen con la promesa de que no actuarás precipitadamente.

—Oh, deja eso, diablos. ¿Qué ocurre?

—Matathieu es un hombre importante.

—Lo había supuesto. Y un cochino traidor, si a eso vamos, quizá.

—No tienes pruebas.

—¿No? Bueno, lo dejaremos para después. ¿Quién es?

Monique, con un dedo en la barbilla, parecía pensar.

—Algo me dice que quizá no andes descaminado. Tal vez el tono de... esa persona con la que acabo de hablar.

McFumister dio un fuerte golpe sobre la mesa.

—Habla, diablos. No suelo equivocarme. Y ese tipo escurridizo merece todas mis sospechas. ¿Quién es?

—Un abogado. Por tanto, debes andar con pies de plomo.

Miró el reloj.

—Son las cinco y media. Va a anochecer. Tendrás que darte prisa.

Se empujó sobre las puntas de los pies y lo besó en plena boca.

—Para que no te olvides de mí si vas a ver a esa fulanita.

McFumister sonrió y salió.

Ya en la calle, se dirigió andando reposadamente hasta Sainte Anne. El «D.S.21» continuaba allí. Cogió la boleta de multa y la tiró. Luego subió al coche y lo puso en marcha.

Cuando llegó a Pigalle, llovía intensamente. Buscó las señas que le diera Dedé y pronto las encontró. Una casa de cinco pisos, dividida en apartamentos.

Como en la mayor parte de las casas de París dedicadas a ello, no había conserje, sino una lista de vecinos sobre el buzón. Pero no necesitaba mirarlos. Subió hasta el cuarto piso sin utilizar el ascensor,

y llamó a una de las puertas. Nadie contestó.

Empujó su ganzúa magnética y la introdujo en la cerradura. Abrió silenciosamente y se introdujo en el apartamento, que estaba completamente a oscuras. Cerró tras de sí y llevó la mano al interruptor de la luz.

La habitación se iluminó violentamente y...

Allí, tendida en el suelo, se hallaba Dedé. Por lo menos, su carne mortal.

Alguien la había degollado. La sangre, ya seca, había brotado de su garganta y encharcaba el suelo.

McFumister tragó saliva. Fue hacia el cadáver, procurando no pisar la sangre y se inclinó sobre él. La muchacha tenía las ropas en desorden, al aire las hermosas piernas, y los ojos muy abiertos, con una expresión alucinada que había quedado grabada para siempre en las pupilas.

Era sencillamente horrible.

Miró a su alrededor. Parecía haber habido lucha, aunque no demasiada. Una silla volcada y una taza de café, con un platillo, estrellados en el suelo.

Había en el cuarto un extraño olor, como el de algunos medicamentos.

Sacó su pañuelo, y limpió la manija de la puerta, único objeto que había tocado dentro de la habitación. Luego, con la mano protegida por el pañuelo, iba a abrir, cuando escuchó algo. Una voz de hombre.

Metió la mano en el sobaco y sacó la «Ñata». La voz llegaba de un cuarto interior.

Caminó lentamente, sin hacer ruido, hasta la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Un dormitorio, seguramente.

La voz continuaba hablando, en tono no demasiado alto.

Siempre con el pañuelo en la mano, abrió velozmente. En efecto, era un dormitorio. La luz estaba apagada, pero le bastaba la que venía de la sala.

Si no hubiera sido por el cadáver tendido en el suelo, hubiera sonreído. La voz partía de un aparato de transistores, colocado en la mesilla de noche. La voz masculina era de un locutor.

—«En relación con los sucesos de los que dimos cuenta anteriormente, la policía busca a un hombre probablemente norteamericano, llamado McFumister, y que parece haber abandonado el hotel en que se alojaba, rue Abbesses, dejando en él su equipaje. La policía nos recomienda hagamos saber a míster McFumister, que en el caso de que oiga este boletín, se presente en la comisaría más cercana para...»

Se aproximó a la mesilla de noche y cerró el aparato.

Volvió a la sala y esta vez salió sin más vacilaciones.

Mientras bajaba la escalera, un hombre se cruzó con él. Iba vestido de etiqueta, con una gabardina echada al desgaire sobre los hombros.

Se apartó para dejarle pasar. El hombre saludó, dirigiéndole una ojeada indiferente.

Ganó la calle. En la acera, se detuvo. Un gendarme, con su impermeable de plástico transparente sobre la capa, estaba mirando al «D. S. 21».

McFumister, andando con lentitud, pasó junto a él, sin mirar al automóvil. Pero el gendarme, tras haber contemplado la matrícula, se alejaba ya, hacia la esquina.

McFumister se paró ante un escaparate, en el que se exhibía ropa interior de señora, y mantuvo la vista fija en el cristal. El gendarme había desaparecido.

Volvió sobre sus pasos, entró en el coche y lo puso en marcha.

Llegó a la casa en que había visto a Matathieu, aparcó el coche en la acera y subió al segundo piso. Nadie respondió a su llamada. La ganzúa magnética entró en acción nuevamente.

Cuando encendió la luz, estaba dispuesto a encontrar de nuevo otro cadáver, pero nada parecido halló. La habitación estaba vacía, lo mismo que la cocinita. En el camastro parecía no haber descansado nadie desde hacía bastante tiempo.

Nadie.

Abrió el armario de donde Matathieu había sacado el vino con que le obsequiara, y cogió una botella de whisky barato. Bebió un trago del mismo gollete, y luego lanzó una ojeada a su alrededor.

El teléfono colgaba de la pared. Lo cogió con el pañuelo cubriéndole la mano y marcó un número.

—¿Sí? —dijo una voz femenina. La reconoció al instante.

—Monique, soy yo.

—¿Qué sucede? ¿Hay algo nuevo?

—Sí. ¿Has oído la radio?

—No. Pensaba...

—Me están buscando.

—¿Con relación a qué?

—Por el hotel. El encargado, ya sabes. Quieren «interrogarme». No lo harían tan pronto si no fuera porque alguien ha debido lanzarlos sobre mis huellas. Supongo quién ha sido, desde luego, pero debes parar el golpe.

—Lo intentaré. Creo que... podré.

—Hay algo más. Alguien había estado antes que yo para ver a Dedé. Al parecer no quieren dejar huellas detrás. Le han rebañado la garganta.

Escuchó el suave respirar silbante de la muchacha.

—¿Le han...?

—Ya me has oído. Le han cortado la garganta de oreja a oreja y la han dejado desangrarse.

—¿Quién...? Oh, no hagas caso. Algo hay que decir en estos casos. Supongo que habrá sido Billeton. ¿Desde dónde llamas?

—Desde la casa en que vi a Matathieu. No está. Monique, necesito sus señas.

—Puedo dártelas, desde luego, pero..., tienes que andar con mucho cuidado. Si no es él...

—Si no es él, no ocurrirá nada —respondió McFumister rudamente—. Las señas, Monique.

Dulcificó un poco el tono, que había brotado hiriente de sus labios.

—Por favor.

Ella vaciló de nuevo.

—Tienes que hacerlo. Ya te explicaré...

No podía hacerlo allí, por teléfono. Prefería decírselo cuando ambas bocas estuvieran juntas de nuevo, si es que volvían a unirse alguna vez. Se lamentaba de no haberlo hecho hacía unas horas.

Pero ya era tarde.

—Está bien, pero... puede ser muy peligroso. Matathieu tiene una casa en la carretera de Melun, a diez kilómetros de la ciudad. ¿Es que piensas ir allí?

—¿No vive en algún otro lugar, en París?

—Que sepamos, no.

—¿Por qué quería este apartamento viejo?

—Lo usa para nuestros contactos. Su verdadero nombre no es Matathieu, sino Bosc, Serge Bosc.

—Ya. ¿No podías habérmelo dicho antes?

Conocía la respuesta a esta pregunta. No, ella no podía, no debía habérselo dicho. Y aun ahora, ella estaría pensando en si no cometía una tontería o algo peor diciéndoselo.

—Monique —dijo en voz baja—. Te aseguro que puedo explicarlo. ¿Me crees? ¿Me crees, verdad?

—Yo..., bien, ya lo sabes. La casa se llama «Les Ormes». Es una finca grande.

—Así que es rico, ¿no?

—Sí, pero... gana bastante dinero como abogado.

—¿Civil o criminal?

—Civil. Escucha, creo que debes dejar este asunto. Ven a verme, y...

—No. Ahora, no.

Su voz sonaba dura, rasposa.

—Ha habido ya demasiada sangre y estoy metido hasta el cuello. Habla con «ellos» y hazlo pronto. Espera mis noticias en tu casa. No te muevas de ella, si puedes evitarlo o... o me veré en un buen lío.

—Lo siento. Trataré de hacerlo, pero...

—No hay peros. Hazlo o no, pero si decides no hacerlo, dímelo ahora. Quiero saber a qué atenerme si me voy a ver metido en la boca del lobo.

—Lo haré. Ya te lo he dicho.

—Gracias, Monique. Hasta luego.

—Te esperaré.

McFumister colgó. Lanzó otra mirada a la habitación, y se encaminó hacia la puerta.

La abrió y...

—Atrás, pajarito.

El hombre estaba ante él, con una pistola en la mano. Era alto, y llevaba un impermeable mojado. El sombrero muy echado hacia los ojos.

Phil dio un paso atrás.

—Levanta las patas hasta el techo.

McFumister veía sus ojos brillantes debajo del ala del sombrero, y comprendió que el hombre sólo quería tenerlo dentro de la habitación para disparar sobre él al momento. McFumister había visto en su vida muchos asesinos y éste era uno de ellos.

Y él no estaba dispuesto a meterse allí.

La distancia de tres o cuatro pies le separaban del hombre. McFumister alzó la pierna derecha y la incrustó en el bajo vientre del otro.

Abriendo la boca, con una mueca de horrible sufrimiento en ella, el hombre se dobló sobre sí mismo. McFumister le golpeó con el puño en la cara, lateralmente, y el cuerpo del asaltante salió proyectado a la derecha.

Cayó al suelo, intentando alzar la pistola.

Phil le pisó la mano, y retorció el tacón. Las falanges de los dedos crujieron como hojas secas.

Al inclinarse sobre el hombre, llegó a su olfato el mismo aroma que le había asaltado en el piso de Dedé. Un aroma de brillantina fuertemente perfumada y de algún medicamento.

Se agachó, cogió al hombre por las solapas y lo levantó en vilo.

—¿Mataste a Dedé?

El hombre gruñó algo, e intentó pegarle con la mano izquierda. McFumister bloqueó el débil golpe y arrojó al otro al suelo, fuertemente.

—¿La mataste?

Los ojos castaños lo miraban. Se le había caído el sombrero. Su cabeza estaba casi calva, por alguna enfermedad de la piel.

Luego, de pronto, con ojos de loco, intentó morder a Phil.

—¡Como te voy a matar a ti...!

Phil dio un paso atrás, sacó la «Ñata» y dijo:

—Ponte en pie.

El hombre tenía rota la mano derecha. Pero con la izquierda, buscó rápidamente en su bolsillo y sacó la navaja.

¡¡La misma que había rebanado el cuello sonrosado de Dedé?

Phil le golpeó la mano con el cañón de la pistola. La navaja cayó al suelo.

—¿Quién te envía? ¿Billeton?

—Te voy... a... matar... como la maté a esa...

—¿Dónde está Billeton?

—¡En los infiernos, donde ibas a ir tú...!

—¿Dónde?

—Maldito seas...

Se lanzó con la cabeza baja contra Phil. Este se apartó. Aquel hombre estaba enloquecido por la enfermedad o por las drogas. Pero resultaba tan peligroso como una pistola cargada. Y él no podía perder más tiempo.

Disparó la «Ñata». Dos veces.

El hombre cayó al suelo, derribado como un buey.

McFumister se guardó la pistola y se dirigió a la puerta. Abrió y cerró tras de sí.

CAPITULO VII

Eran las ocho cuando por la mojada carretera, llegó a la tapia de la finca. Apenas había tráfico. La tapia doblada en ángulo recto y un camino vecinal se ofreció la mirada de McFumister.

Siguió el camino durante casi cincuenta metros hasta que llegó a la puerta.

Estaba cerrada. Era una verja de casi tres metros de alto, pero la valla no tenía más que dos y medio.

Pero era la casa, no cabía ninguna duda. Un banderín de metal, con el nombre, campeaba sobre la verja. «Les Ormes».

McFumister no lo pensó. Asegurándose de que la «Ñata» salía de la funda con facilidad, se abrochó la chaqueta y dio un salto. En su mente había, mientras lo hacía, la esperanza de que, al contrario que en muchos lugares de Europa, no hubiera trozos de cristal empotrados en el cemento del borde de la valla.

No los había.

Con un impulso de sus bien adiestrados brazos, alzó, hasta quedar montado sobre el borde, a caballo.

Luego saltó adentro.

Cayó sobre tierra encharcada y hierba, sin hacer apenas ruido.

Caminó sobre la hierba. La oscuridad era casi absoluta y hacía mucho frío. Pero había dejado de llover hacía un rato.

Llegó a un sendero enarenado y lo siguió. Una mancha sombría, un bosquecillo de olmos, se ofrecía a su izquierda.

Y luego, por fin, la casa.

Había luz en dos de las ventanas, una luz que se filtraba entre cortinas, al parecer, ya que consistía en dos largas franjas luminosas verticales.

El camino conducía hasta la puerta. Cuando llegó a ella, esperó durante unos instantes, tratando de oír algo.

Nada, ni el menor sonido.

Con absoluto silencio, extrajo del bolsillo la ganzúa, y tanteando con la mano izquierda, encontró el ojo de la cerradura. Introdujo en él la ganzúa y maniobró.

La puerta no se abrió. La ganzúa mordía en los bulones y los hacía girar, pero la puerta continuaba cerrada. Debía tener un cerrojo de seguridad además de la cerradura.

No había nada que hacer.

Su mano derecha tanteó en la puerta, hasta que encontró el timbre. Estaba sobre el buzón.

Lo oprimió, largamente.

Casi dos minutos. Por fin, una raya de luz se insinuó en el borde superior de la puerta, y ésta se abrió.

Un hombre, vestido con un chaleco a rayas malva y negras, estaba ante él.

—¿Cómo ha entrado aquí? ¿Quién es usted?

—He entrado por la verja, naturalmente.

—¿Por la verja? Está cerrada....

—Estaba abierta. Quiero ver a ¡¡maître Bosc.

—¡¡Maître Bosc no está. Y ahora, váyase.

Iba a cerrar la puerta. Phil metió el pie, impidiéndolo. Su mano apareció armada de la «Ñata»

—Adentro. Adentro he dicho:

Empujó al hombre, con la punta de la pistola pegada al abdomen del ayuda de cámara.

Este retrocedió con los ojos muy abiertos,

—¿Un ladrón...?

—Vamos, entra si no quieres que te haga un agujero en la tripa.

Pasó y cerró la puerta tras de sí.

Estaba en un ¡¡hall amplio, con una araña pendiente del techo. La luz brillaba en las láminas de cristal. Arrancándoles reflejos irisados.

—¿Dónde está ¡¡maître Bosc?.

—No está en casa...

Phil alzó la mano y la dejó caer sobre la cara del ayuda de cámara.

Este gimió y retrocedió dos pasos. Una voz, desde el fondo del vestíbulo preguntó:

—¿Qué ocurre, Alain? ¿Quién ha...?

Matathieu había aparecido en la puerta. Al ver a McFumister, sus ojos se abrieron de par en par.

—Diga a este tipo que se largue—dijo Phil.

—Pero...

Había que reconocerlo: el hombre tenía capacidad de recuperación. Iba vestido con una bata oscura, de seda, y en lugar de corbata llevaba un pañuelo de seda violeta en el cuello.

—Alain, déjanos un momento.

—Señor...

—Vamos, vamos, déjanos. No ocurre nada. Este hombre no es un ladrón, pese a..., las apariencias y a esa arma. ¿No es así, mi querido... Gastón?

—Vamos, haga que se largue.

—Alain, puedes retirarte, te digo.

El ayuda de cámara desapareció en una puerta pequeña, a la izquierda.

Phil se volvió hacia el abogado.

—Si ese hombre hace algo..., una llamada, por ejemplo, lo voy a sentir por usted, ¡¡maitre.

—¿Por qué habría de llamar? ¿Y... a quién? Pero... venga.

Se volvió de espaldas y penetró en la otra habitación. Era una gran biblioteca, con una chimenea en la que el carbón, al estilo inglés, ardía sobre unas parrillas de hierro.

Techos altos, artesonados, sillones de cuero rojo, confortables, y un bar en un rincón.

Matathieu caminó hacia el bar.

—No he olvidado sus gustos. ¿Vino rojo?

—Nada.

—Como quiera. En ese caso, ¿a qué debo el honor?

—Parecía usted mucho más asustado ayer por la mañana que esta noche, Matathieu. Mucho más... preocupado.

—Puede ser. Siéntese al menos. Parece... parece bastante deteriorado, si me permite decirlo.

—Deje mi aspecto ahora. No importa.

No se sentó. Matathieu había ido hasta su amplia mesa, sobre la cual tenía un libro abierto. Se sentó en el sillón que había detrás de la mesa, y se retrepó en él. No parecía asustado, desde luego, pero sí vigilante.

—Matathieu...

—Bueno, ahora que sabe quien soy en realidad... Por cierto, ¿cómo ha averiguado ese detalle?

—Tengo modos de hacerlo.

—Ya. Bastante eficaces, debo reconocerlo. Pero sigo sin saber...

Se interrumpió.

—¿Un cigarro?

Su mano derecha fue hacia uno de los cajones de la mesa. Phil sacó la «Ñata» y lo apuntó directamente a la cabeza.

—No toque ese cajón, Bosc.

—Sólo quería ofrecerle un buen cigarro...

—He dicho que no lo toque.

Sin dejar de apuntarle, dio la vuelta a la mesa, y abrió el cajón de un solo tirón. Una pistola automática yacía sobre el fondo.

—¿Fuma usted «esto»? ¿Sabe bien?

El semblante rubicundo de Bosc se había puesto ligeramente pálido.

—Los cigarros están al fondo.

—Muy bien, entonces, sáquelos.

La mano del abogado entró en el cajón. Phil cerró éste de un golpe, entrapillándosela.

—¡Ayyy...!

Bosc, pálido, sudando, sacó la mano. No se la había roto, pero el

golpe debía haber sido muy doloroso. La sacudió en el aire.

—¡Usted está... loco...

—No, no mucho.

Phil sacó la pistola. Una «Beretta».

—Dé usted gracias a que no se la meto en la boca y se la hago «fumar»;

Se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Luego, lentamente, sacó de su faltriquera de cuero el ¡¡puño de hierro y comenzó a ponérselo, con movimientos pausados, y plenos de significación.

Bosc lo contempló con aire aterrorizado.

—¡Usted...! ¿Qué quiere hacer con eso?

—Unas preguntas. Que usted me va a contestar.

—No necesita ese... eso... Yo contestaré, naturalmente. Pero usted...

Phil McFumister se había colocado en el centro de la habitación, un buen sitio para no perder de vista la puerta y el abogado, al mismo tiempo.

—Tal vez lo necesite. Depende de sus contestaciones.

Hizo una pausa.

—¿Ha oído la radio?

—Yo... sí, he oído...

—Ha oído que me buscan.

—No, a un tal...

—McFumister, sí. Soy yo. Gastón o McFumister, como quiera. Y no es extraño que haya usted oído la radio. Debería sentir interés en oírla, ya que ha sido usted quien me ha lanzado la policía detrás.

—¿Yo? Usted no está en su sano juicio, mi querido muchacho.

—No soy su querido muchacho. No estamos en los tribunales. Y sé que usted ha hecho eso. Naturalmente, las razones de que lo haya hecho son las que quiero saber ahora.

Otra pausa, preñada de amenazas.

—He dicho ahora mismo, ¡¡maître Bosc. O Matathieu, como guste.

—¿Por qué habría yo de hacer una cosa así...?

—Muy sencillo. Para quitarme de en medio. Pero hay varias cosas en las que no ha pensado, Matathieu. Varias. Pero ante todo...

Alzó la mano, armada con el pesado puño de hierro.

—¿Cuándo decidió usted ponerse en tratos con Billeton?

—¿Yo? ¿En tratos con ese granuja? Usted...

—Estoy loco, ya lo sé. Pero..., ¿cuándo?

—Jamás hice una cosa así. ¿Para qué?

—Usted me envió a ver a Corrie, sabiendo que éste me esperaba. Y que querría matarme. Pero yo lo madrugué. Usted no había esperado eso. Usted, que se fingía colaborador, cuando en realidad no necesitaba para nada el dinero que nosotros le dábamos.

La cara de Matathieu se abrió en una sonrisa.

—Naturalmente, mí querido... Naturalmente, McFumister. Todo ello es según lo tratado con ustedes... con la Interpol. Eso lo saben todos, menos Billeton y sus compinches, naturalmente. Si eso es todo lo que tiene contra mí, permítame decirle que no sabe apenas... naturalmente, usted, un hombre al que envían como matador profesional, no puede estar en las interioridades de una operación tan amplia como es ésta.

McFumister correspondió a la sonrisa. Pero la suya era agria, dura.

—¿Sí?

—Pero, ¡naturalmente, McFumister! Todo ello entra dentro del juego. Un juego cuya partida, cuya baza está usted... o ha estado a punto de estropear. No quiero ser duro con usted, pero..., ¿no comprende que un hombre de mi posición debe estar al resguardo? Bien, sería muy largo de explicar, pero ante alguno de los jefes, del hombre o de la persona que lo ha enviado aquí... ellos se lo explicarán perfectamente. Vamos a arreglarlo en un momento.

—Siendo así...

McFumister bajó la pistola.

—¿Es así?

—Pero... ¡naturalmente! Veamos, ¿quién es su otro contacto, además de mí?

—No estoy autorizado a decirlo.

McFumister hablaba ahora con tono más blando.

—¿No? Bueno, cuando yo le explique...

—Bueno, hágalo.

—No puedo hacerlo, sino es delante de los que le han enviado, o del contacto aquí, en París. Usted, McFumister es un pistolero pagado por la Interpol que se haría pasar aquí por un enviado de los grupos americanos que reparte la droga en ese país, ¿no es así?

—Sí, claro.

—Naturalmente. Usted debía ponerse en contacto conmigo y yo le explicaría dónde podía encontrar a Billeton. Su obligación consistía en asustar a éste de tal manera que intentase matarlo a usted, y entonces, usted, lo mataría a él. ¿No es así?

—Sí.

—Todo ello debido a lo difícilmente que resultaría para la Interpol el lograr implicar a Billeton en la red de estupefacientes. Porque Billeton ha sabido guardarse bien las espaldas.

—Sí, así es.

—Y en vista de esa imposibilidad, y aprovechando la coyuntura de que en los Estados Unidos las bandas no habían podido recibir la remesa de drogas que Billeton les había ofrecido y por la cual había ya cobrado parte del precio, la Interpol trató con el Departamento de

Narcóticos de Estados Unidos y decidieron montar el plan. Usted llegaría aquí como un enviado de las bandas, pero... en realidad, lo que usted debería hacer era matar a Billeton, alma de la red de distribución en París.

—Sí.

—¿Lo ve?

Sacudió la mano en el aire.

—Me ha hecho mucho daño, pero le perdonaré por esta vez. ¿A qué venía todo eso de...?

—Alguien me ha estado señalando a Billeton. Intentó matarme en una trampa.

—Pero, mi querido muchacho, eso era parte de lo tratado. Para eso cobra usted.

—Y han matado a una muchacha.

—Bueno, eso son gajes del oficio. Una muchacha..., ¿quién?

Los ojos del abogado estaban alerta de nuevo.

—Una buscona. Querida de Billeton.

—Ah, bueno.

—¿Quién creía usted?

—Nadie, evidentemente. No me interesa. Pero usted... ha descubierto mi identidad y eso puede ser peligroso para mí. Imagínese que Billeton lo ha seguido...

—No me ha seguido.

—De todas formas, las circunstancias han cambiado. Yo tenía que pasar ante usted por Matathieu, agente de negocios. Pero mi verdadera personalidad debería quedar en la sombra. ¿Quién ha podido ponerle a usted en antecedentes de mi verdadero nombre? Es muy importante para mí saberlo.

—No sé si debo decírselo...

—Naturalmente que debe hacerlo. ¿Quién?

McFumister parecía dudar.

—Hay algo... ¿Usted no ha hablado nunca con Billeton?

—Una sola vez. Intentó que me hiciera cargo de la defensa de ciertos intereses suyos. Por eso sabía dónde podría encontrarlo usted.

—¿Nada más? ¿No ha entrado en negociaciones con él.

—Pero, mi querido muchacho, usted no se halla en su sano juicio, aunque debo de reconocer que su situación no es la mejor para considerar las cosas con calma y discernimiento! ¿Para qué iba a entrar yo en negociaciones con Billeton? Vamos, vamos. Lo que debemos hacer es considerar el asunto. Tan pronto como me ponga usted en relación con su otro enlace en París, aclararemos toda la cuestión. Veamos. Son las nueve, casi, las nueve y media. Podemos...

—Bosc.

—¿Sí?

—¿Aún no se ha dado cuenta de que está cogido?

—¿Cogido? ¿Qué quiere decir...?

—Usted me traicionó. Usted había preparado la entrevista con Corrie y éste debía matarme.

—¿Por qué habría de hacer yo semejante cosa...?

—Muy sencillo. Porque vio usted una oportunidad de enriquecerse rápidamente. Al saber que los traficantes de drogas de los Estados Unidos iban a enviar a alguien a París para presionar a Billeton, y saber también que tanto la Interpol como el Departamento de Narcóticos de los Estados Unidos iban a enviar a otro en su lugar, usted decidió ponerse en contacto con Billeton para repartirse las drogas entre ambos. Las drogas que están en París, o en otra parte de Francia, seguramente.

—Usted no piensa lo que dice. Yo soy un hombre rico...

—Eso es fácil de averiguar, Bosc. Tal vez no lo sea tanto o... quiera serlo más aún. Usted me traicionó. Usted le dijo a Billeton que yo no era quien él esperaba. Usted. De lo contrario, ¿por qué Billeton, si creyese que yo era el auténtico enviado de los traficantes, querría matarme, deshacerse de mí por todos los medios? Usted, y sólo usted.

Bosc inició una sonrisa. Su cara estaba pálida de nuevo.

—Vamos, vamos, eso no resiste al menor examen... Simplemente: usted está obcecado. ¿Que por qué le iba a querer matar Billeton? Por... quedarse con las drogas, a cuenta de las cuales ya había cobrado una cantidad.

—No. Billeton sabía a lo que se exponía. Sabía que yo era el verdadero enviado, otro vendría. No haría semejante idiotez. Sabe que entre los de su calaña es necesario un mínimo código del honor. No, él estaba seguro de que no protestarían los traficantes americanos. Porque no les importaría que me matasen. Usted me ha denunciado a Billeton, y usted va a pagar por ello.

—Mí querido muchacho...

—Ha jugado y ha perdido. Reconozco que su jugada era hábil, pero no lo suficiente para mí.

—¿Para usted? ¿Quién es usted? Un asesino pagado para...

—No, Bosc. No soy un asesino pagado. Mi nombre es McFumister, y pertenezco al Departamento de Narcóticos de los Estados Unidos. Ahí ha estado su error.

—¿Qué pertenece...?

—Sí. Y hay algo más. Esta tarde he estado en su pisito en Pigalle, en su guarida. Y cuando salía de ella un asesino, un tipo drogado, un enfermo, que acababa de degollar a una chica, me esperaba en la puerta ¿Cómo sabrían ellos dónde estaba yo, y cuál era el lugar en que usted operaba como informador de la Interpol? ¿Cómo? Porque usted se lo había dicho. Usted y sólo usted.

Bosc sacó un pañuelo del bolsillo. McFumister había levantado la pistola. El abogado se limpió el sudor de la frente.

—Esto... es una locura, y me niego a seguir este juego. Les diré a los jefes de la Interpol que...

—¿Qué les dirá?

—Que usted...

—Vamos, ¿qué? No, Bosc, no les dirá nada. Es decir, la verdad. Prepárese Bosc, porque va a venir conmigo.

—Naturalmente.

Volvió a secarse la cara con el pañuelo.

—Naturalmente que sí. Allí aclararemos todo este horrible malentendido. Se puso en pie.

—Un momento. Antes vamos a hacer una cosa, Bosc.

—¿Qué?

—Antes me va usted a decir dónde está Billeton en estos momentos.

CAPITULO VIII

—¿Cómo le voy a decir algo que ignoro por completo?

—Me lo va a decir o voy a comenzar a darle con el puño de hierro en la cara hasta que no le quede un hueso sano.

—¿Sería capaz?

—Vaya si lo soy. Dígamelo. Vamos.

—No tengo ni la menor idea. Y vamos, vamos cuanto antes donde alguien pueda decirle a usted lo equivocado que está.

Se llevó la mano al pecho.

—Mi... corazón...

McFumister lo miró con atención. El semblante de Bosc, rubicundo por lo general estaba ahora muy pálido. Gruesas gotas de sudor le corrían por la frente abajo.

—Llame... al criado...

—Si está usted haciendo una comedia, se la va a tragar.

Se dirigió hacia la puerta y dio una voz, después de abrirla.

—¡Alain... !

El criado apareció en las sombras del ¡¡hall.

—Su señor, ¿está enfermo del corazón?

—¿Mi señor... enfermo?

—Sí, ¿lo está?

Se volvió. Se acababa de dar cuenta de que había cometido una tontería. Precisamente la clase de tontería que no debía haber...

Bosc había metido la mano en uno de los cajones y la retiraba en ese momento, armada con otra pistola. El hombre era precavido. No tenía sólo un arma, sino dos.

McFumister sólo tuvo el tiempo justo para apartarse y empujar al criado. La bala de la pequeña automática pasó entre ambos. No hizo mucho ruido.

McFumister deseaba cualquier cosa menos matar al abogado. No, quería cogerlo vivo.

La boca de la pistola se volvía de nuevo hacia él para disparar otra vez. Se dejó caer al alfombrado suelo, a gatas, y la bala se estrelló contra los libros de uno de los lados de la puerta de entrada. No podría jugar mucho tiempo al bonito juego del ratón y el gato. Tenía que acabar cuanto antes.

Su mano tocó el alto pie de una lámpara. Cogerla y lanzarla con todas sus fuerzas sobre el hombre que se agazapaba tras de su mesa, fue cuestión de un solo instante.

La lámpara atravesó el aire, chocó contra la mesa, se derribó sobre

ésta y fue a golpear contra el cuerpo del abogado. Este lanzó un ahogado gruñido de dolor, pero no soltó la pistola.

McFumister se puso en pie para lanzarse contra él en plancha, pero...

Pero nuevamente acababa de cometer una estúpida equivocación. Había olvidado a Alain, el criado.

Sintió un fuerte dolor en el hombro izquierdo, un golpe que casi le paralizó el brazo.

—¡Dale, Alain!

McFumister se ladeó, para evitar un nuevo golpe que ya descendía sobre él. Esta vez le raspó la cabeza. Un violento relámpago de dolor le atravesó el cerebro.

No quería matar. Probablemente el criado no era un cómplice, sino simplemente un sirviente que al ver atacar a su amo, lo defiende.

Dio un salto y su puño chocó contra un vientre. Sintió el aire expelido por el hombre, y se dobló sobre si mismo. Había golpeado con todas sus fuerzas.

Otra vez, pero cambiando de lugar. Y entonces oyó la tercera explosión.

Vio la cara del criado contraerse en un gesto de estupefacción, y luego el hombre se vino al suelo.

Bosc lo había alcanzado.

McFumister atravesó la habitación en plancha, cayó sobre la mesa y alargó el brazo. Su mano tocó la seda de la bata, la agarró de un puñado y golpeó, salvajemente.

Un timbre, un zumbador, estaba sonando en alguna parte.

Bosc se defendía como un gato. La pistola había caído de su mano, pero golpeaba con ambos brazos. No sabía boxear, pero uno de sus golpes alcanzó a McFumister en el mismo sitio en que le había dado el criado, y el dolor lo enardecía.

Pudo ver la cara de Bosc a dos palmos de la suya. Elevó el puño y lo hizo chocar contra la mandíbula del abogado.

Este cayó hacia atrás, arrastrando la silla en su caída.

Jadeando, McFumister se puso en pie. Tenía el brazo izquierdo casi inutilizado.

El zumbador continuaba resonando sin cesar.

Fue hacia el criado y lo observó. La bala lo había alcanzado en el pecho. Y estaba muerto.

Volvió al abogado, lo sacó al centro de la biblioteca y arrancó los cordones de la cortina. Lo ató en un momento y en todo ese tiempo el zumbador siguió sonando frenéticamente.

Salió al vestíbulo. Había un cuadro de timbres en uno de los lados de la puerta. Un cuadrícula, la 1, estaba iluminada.

La uno. Eso debía ser...

La puerta del jardín. Recordaba que al llamar él antes, el timbre de la casa había sonado como eso, un timbre no como un zumbador.

Alguien estaba intentando entrar en la casa.

Volvió a la biblioteca. Cogió el cuerpo del abogado, se lo echó al hombro y abrió la puerta, después de apagar las luces. Había cesado de llover, y las nubes, desflecadas por el viento, permitían a la luna asomarse intermitentemente.

Caminó por el sendero enarenado, cruzó el bosquecillo de olmos que daban nombre a la finca y llegó cerca de la verja.

En ese momento, la luna asomó de nuevo. Había una figura clara en la puerta de hierros entrecruzados.

McFumister dejó el cuerpo de Bosc en el suelo, y sacó la pistola.

Luego, andando a paso de lobo, se aproximó a la cancela.

Pero si él había visto la figura, esta también debió distinguirlo.

—Oiga, ¿es que no oyen...?

Aquella voz... McFumister la hubiera reconocido entre cien.

—Monique...

—¿Gastón?

—Sí, ¿cómo diablos estás aquí?

—Vamos, aprisa, no hay tiempo que perder.

—¿Qué ocurre?

Pero McFumister no esperó a escucharla.

—¿Quieres entrar?

—No, quiero que salgas. La policía va a venir dentro de poco.

—¿La policía?

Bueno, aquello podía esperar.

—Aguarda un instante —dijo.

Volvió corriendo a la casa cuya puerta no había cerrado, y apretó el botón que había debajo del cuadrado uno.

Luego, corrió de nuevo a la verja. La puerta se había abierto.

Cogió al abogado en brazos y salió. La joven lo miró asombrada.

—¿Qué es eso?

—Es Bosc, ¡¡maître Bosc.

—¿Está... muerto?

—No desmayado solamente. ¿Has venido en coche?

—Claro que sí. Vamos, no hay tiempo que perder.

Pasaron junto al «D. S. 21». McFumister lo miró.

—¿Lo dejamos aquí?

—¿Por qué no? Vamos, tengo el coche un poco más allá.

Era un «Ford» Vedette. La joven abrió la portezuela y se colocó ante el volante. McFumister tiró dentro el cuerpo del abogado y se sentó junto a la joven.

Esta puso en marcha el coche y comenzaron a rodar hacia la carretera principal.

—¿Qué ha ocurrido?

—La Interpol ha hablado con la policía. Pero se ha producido acontecimientos nuevos. Una denuncia contra ti.

—Espera un poco... ¿Quizá por la muerte de Dedé?

—Exacto. Han encontrado su cadáver por una denuncia anónima y uno de los inquilinos de la casa dice haber visto a un hombre de tus señas en la escalera de la casa.

—Eso es idiota. Cuando yo llegué ella llevaba muchas horas muerta. La sangre estaba seca.

—No importa. Hay una denuncia y la policía quiere interrogarte. Tienes que ponerte en contacto con los jefes de la Interpol y que ellos te avalen ante la policía. Pero ésta quiere verte, sea como sea.

—No pienso hacerlo todavía. No he terminado lo que me trajo aquí.

—Tendrás que hacerlo. No podemos indisponernos con la policía.

—Creí que colaborabais en estos asuntos.

—Y lo hacemos, pero... las acusaciones de homicidio son muy serias, cariño.

—Detén el automóvil en algún sitio apartado. Quiero hablar con ese cerdo de ahí dentro.

Ella en silencio, obedeció. Un descampado, al fondo de los cuales había un grupo de chopos.

—¿Ha confesado? —preguntó Monique.

—Ha hecho algo mejor. Ha querido matarme. Pero ya confesará.

Ella le tocó el brazo.

—Phil, estoy preocupada. Tú eres un...

—Deja eso ya. Debí decírtelo hace un buen puñado de horas. No soy un «matador». Soy un empleado del Departamento de Narcóticos, y tus jefes deberían saberlo a estas horas si se hubieran preocupado de ponerse en contacto con Washington.

Ella lanzó un suspiro.

—¿No... no me engañas?

—No. Soy un funcionario, un agente. Pero quiero seguir siendo un agente vivo, no muerto. Y quiero acabar con Billeton de una vez. Y ese tipo de ahí adentro me va a decir dónde puedo encontrarlo. Ahora mismo.

Salió, abrió la portezuela posterior y sacó a Bosc. Los ojos del abogado estaban fijos en los suyos.

—¿Dónde está Billeton?

—No lo sé...

McFumister había perdido ya la paciencia.

Levantó la mano derecha y le dio un fuerte golpe entre ambos ojos.

—¡ Ay!

—¿Dónde?

Señaló con el dedo a la muchacha:

—Ahí tiene usted mi enlace con París. El verdadero. Así que ya sabe que no tiene salvación. Hable o...

—No me vuelva a golpear. Esto le costará caro...

—Lo sé. Me costará lo que sea, pero ahora, o habla o...

—Está bien. Billeton tiene unas oficinas... en la Place Blanche. Importación.

—Bueno, vamos. Si nos ha engañado... Le aseguro que esta vez le daré con el puño de hierro.

Entró de nuevo.

—Conduce tú. A no ser que estés cansada. Me dejarás en el Boulevard Clichy.

—Iré contigo.

—No. No sabes cómo las gastan esos angelitos.

Se volvió para mirar al abogado.

—¿Qué nombre usa Billeton en esas oficinas?

—No lo sé.

—Hable, maldición, no estamos jugando.

—Es... Charbonneau.

—Y usted fue quien me denunció a la policía como asesino de la chica, ¿verdad? ¿Cuándo vio usted a Billeton, esta tarde, o esta noche?

—Yo... Me telefoneó. No lo vi. Me dijo que usted había matado a una de sus amigas...

—No mientas imbécil. Ya tienes bastante encima. Es igual, ya cantará. Vamos, Monique, déjame en Clichy.

—He dicho que voy contigo.

—Y yo he dicho...

A la luz del salpicadero vio la obstinación reflejada en los ojos de la muchacha.

—Oh, maldición, bueno, haz como quieras. Pero mantente apartada de los disparos.

Estaba pensando. En voz alta.

—Es muy tarde, y más lo será cuando lleguemos a París, para encontrarlo en la oficina, a menos... Bien, si no está allí, probaremos en la «Cueva del Infierno». Así como así, no me gusta que me hagan salir corriendo de ninguna parte.

Llegaron a París a buena velocidad, pero sin contravenir las ordenanzas de tráfico.

Las calles estaban llenas de vehículos a la salida de los cines, cuando llegaron a Clichy. La joven torció y alcanzó la plaza Blanche.

—¿Dónde?

Bosc señaló una casa, esquina a la calle de Bruselas.

—Ahí —dijo a regañadientes.

—Tumbese en el suelo.

El abogado apenas podía moverse. Alargando el brazo hacia atrás, McFumister lo derribó en el suelo.

Se aseguró de que no podría moverse y luego le dijo a la muchacha:

—Cierra las puertas. Y espérame aquí.

—Durante cinco años —dijo ella con ambas manos puestas en el volante—, he servido de enlace e intermediaría en la Interpol. Pero jamás he llegado al final de una redada. He tenido que enterarme de lo sucedido por mis jefes. Esta vez no será así.

—Te prevengo que estos tipos matan como tú puedes fumarte un cigarrillo.

—Estoy armada. Y sé manejar un arma.

—Está bien. Pero me gustaría que te quedases para guardar a ese tipo.

—No creo que pueda moverse. Y voy a subir contigo.

—Vamos.

El edificio tenía sus dos primeras plantas dedicadas a oficinas. En el segundo piso encontraron lo que buscaban. Charboneau, importaciones y exportaciones. El corredor al que daban las puertas de las oficinas estaba solitario, aunque no del todo a oscuras.

—Colócate al lado de la puerta —ordenó McFumister—. Voy a abrir.

—Escucha, ¿y si llamásemos a mis jefes y les dijésemos que hicieran una redada...?

Su voz fue apagándose al ver la expresión de la cara del hombre.

—No, nena. Vamos a entrar nosotros, o por lo menos voy a entrar ya. Ahora mismo. No he pasado tanto para que otros se alcen con los laureles.

Metió en la cerradura su ganzúa magnética —¿cuántas veces en tan poco tiempo había repetido aquella operación?— y la accionó.

La puerta se abrió silenciosamente.

McFumister se hizo a un lado y esperó durante unos segundos. Nada ocurrió.

Entonces, entró.

Oscuro.

Soltó una maldición en voz baja. Tan baja que ni siquiera la muchacha le oyó.

—Vamos, entra —dijo en un susurro.

Pasaron y cerró la puerta.

Buscó la luz con la mano, pero no la encontró en seguida. Fue la joven la que dándose cuenta, de lo que intentaba, la encontró. La luz se encendió.

Una oficina con varias mesas de despacho, un par de máquinas de

escribir, y unos archivadores.

Nadie.

Había una puerta al fondo. Caminando sobre las puntas de los pies, McFumister se dirigió a ella y la abrió.

La habitación era interior. Un camastro, y sobre el camastro, un hombre en mangas de camisa, respirando pesadamente.

McFumister se aproximó a él y con la punta de la pistola, lo tocó. El hombre gruñó y abrió los ojos. McFumister había visto muchos drogados en su vida. Y éste estaba como una sopa. Las pupilas contraídas, el gesto torpe, la boca abierta...

Acababa de despertarle probablemente de un sueño encantador de mujeres, bebidas, o bien de sentirse Napoleón o Johnny Halliday.

—¿Qué...?

—¿Dónde está el jefe?

—No lo sé... en la «Cueva»... No lo sé. Quizá allí. ¿Qué ocurre?

—¿En «La Cueva del Infierno»?

—Claro... yo... tengo algo que hacer...

—¿Seguro que está allí? Tengo que darle un aviso.

Aquel hombre estaba a punto de perder el conocimiento. Se había drogado como un asno.

—Sí... sí, allí... creo que sí.

Pareció por un momento salir de su sopor.

—Pero... vosotros..., ¿quién diablos...?

La punta de la pistola descendió sobre su cráneo y el hombre pasó de su ensueño a la inconsciencia del desmayo.

—Vamos, hemos de ir allá, pero tú te quedarás...

Al ver el teléfono, se detuvo, de pronto.

—Un momento. Busca «La Cueva del Infierno» en la guía.

Mientras la chica lo hacía, él volvió al hombre y le sacó la cartera del bolsillo. «Job Travon», leyó en su ¡¡carte d'identité.

La chica le señaló una línea en la guía. El marcó y una voz gruesa le preguntó lo que deseaba.

—Job al habla —dijo en voz baja—, quiero hablar con Billeton.

—Espera.

Transcurrieron casi cinco minutos. Luego, la inconfundible voz de Billeton.

—¿Qué pasa?

—Tiene que venir —dijo—. Soy Job. Venga pronto. Han estado aquí dos tipos que querían hablar con usted.

—¿Polis?

—No. No lo parecían. Me han dicho que es importante. Que uno de ellos ha llegado de América esta misma noche.

—¿Dónde están?

La voz de Billeton sonaba cautamente.

—Han vuelto a salir. Les he dicho que vengan dentro de media hora.

—Está bien.

—Pero antes de colgar, le oyó decir:

—¿Cómo diablos sabían...?

Y «clic».

McFumister se quedó mirando a la muchacha.

—Ya viene, me parece. Pero si no lo hace, sé dónde puedo encontrarlo ahora. No debe tardar más de diez minutos en estar aquí. Apaga la luz.

Ella obedeció. Luego, volvió hasta McFumister.

Este la cogió por la cintura, y buscó sus labios. El calor del cuerpo femenino, turgente, suavemente redondeado, le hizo revivir las horas que había pasado en su casa. Era enloquecedor.

—Phil.

—¿Sí?

—Me alegro de que seas quien eres y no quien yo creía.

—Y yo me alegro de que te alegres, nena. Y...

—¿Qué?

—Me gustaría que vinieses conmigo a los Estados Unidos. No he terminado aún contigo.

—¿No? ¿Qué más quieres?

—Arrastrarte por los cabellos si es necesario ante un cura y oírte decir que quieres casarte conmigo.

—No puedes decir eso en serio —protestó ella.

—Claro que sí. Nunca he hablado más seriamente en mi vida.

—¿Seguro que no eres... casado o algo así?

—No lo soy. Estaba esperando una mujer como tú.

—¿Francesa?

—O china, me es igual. Pero que fuera como tú. Así, y así.

—Quieto, loco. Déjame. ¿Por qué no me dejas bajar para ver si ese Bosc continúa allí?

—Allí estará, y no pienso separarme de ti ni un solo milímetro hasta que venga Billeton. Sólo él me hará soltarte, cariño.

—¿Hablas en serio?

La mano de McFumister bajó hasta la cintura de la muchacha. Tan estrecha que podría abarcarla con las dos manos.

—Completamente en serio. ¿Vendrás?

—¿Y mi boutique?

—La mandas al infierno o abres una en los Estados Unidos.

Ella rio musicalmente. Enlazó ambas manos en el cuello del agente y las bocas se juntaron de nuevo.

El tiempo pareció detenerse para ellos.

Pero McFumister sabía que había alguien para quien el tiempo no

se había detenido.

Se soltó, con pesar, y caminó hacia la puerta.

—Aún creo que habrá tiempo. Llama a tus jefes y diles lo que ocurre.

Ella cogió el teléfono y marcó un número.

Los adiestrados sentidos de McFumister estaban fijos en algo. El ruido de unas pisadas en el corredor.

—Apúrate, nena. O mucho me engaño o Billeton está ahí afuera ya.

Ella estaba hablando rápidamente en voz baja. McFumister le oyó repetir varias veces «es absolutamente preciso. Estamos en peligro».

Luego, colgó.

McFumister tenía en su retina grabado el mapa de la oficina.

—Escóndete detrás de la mesa del rincón. Es maciza. Y no te muestres a no ser absolutamente necesario. ¿Entendido?

—Sí.

Oyó el débil taconeo de la chica, caminando hacia el extremo de la oficina.

Y luego, el ruido casi silencioso de la cerradura.

La puerta se abrió y la luz indecisa del corredor iluminó parte de la oficina.

—Job, ¿dónde diablos...?

McFumister vio las figuras de tres hombres. El primero de ellos era inconfundiblemente Billeton.

—Vamos, Job.

Y la luz se encendió.

Se vieron al instante. McFumister estaba junto a una de la mesa, con la «Ñata» de Jean-Paul en la mano. Era curioso que durante casi todo el caso hubiera estando usando la pistola de otro.

—¡Quietos...!

Billeton lanzó un apagado aullido de miedo, y uno de los hombres que llegaban con él llevó la mano al sobaco.

—¡He dicho quietos!

—Eso es precisamente lo que vamos a hacer. Un arreglo.

—Con buenos billetes se arregla todo, viejo. ¿Cuánto quieres...?

—Nada más sino que me digas quién le cortó el cuello a Dedé.

—Yo no.

—¿Y tampoco me denunciaste a lo poli?

—No. No fui yo. ¡Lo juro por mi madre!

—¿Quién?

—Fue... un tipo. Tú... tú lo conoces...

—¿Quién?

—Un tal Matathieu..., tú lo conoces. Podemos sacarle la información. Es un tipo que...

—Tengo a Matathieu. A ¡¡maître Bosc, si lo prefieres, Billeton. Y ahora... no hay arreglo.

Monique había salido de detrás de la mesa.

—Monique, dile quién soy.

—McFumister del Departamento de Narcóticos.

—Del tesoro de los Estados Unidos —remachó el americano—.

¿Comprendes, imbécil?

Billeton estaba pálido como el papel. Masticaba nerviosamente.

—¿Dónde está la mercancía, Billeton?

—Yo...

McFumister sacó lentamente el puño de hierro. Los ojos de Billeton lo miraron con terror.

—¿Lo conoces? Perteneció a Jean-Paul. Ha debido utilizarlo muchas veces en tu servicio particular. Con él te voy a dar hasta que digas... lo que necesito saber. ¿Dónde está la mercancía?

Billeton miró a su alrededor con ojos de alucinado.

—Es inútil. No podrás escapar. ¿Dónde? Te ha llegado la hora, cerdo.

—Está en...

Señaló la pared.

—Ahí.

—¿Dónde?

—En esa cañería, en la pared. Es la verdad, lo juro.

—¿Una cañería?

—Sí, ahí detrás. Hay...

—¿Cuánto?

—Mucho.

La cañería, descendía del techo. Parecía la de la calefacción. Eran dos tubos. Monique fue hacia ellos, tras una mirada a McFumister y los tocó.

—Uno está caliente y el otro frío, Phil.

—Puede que sea verdad.

Se volvió a Billeton.

—Si has mentido, lo sabremos pronto.

Hacía un momento que se estaban oyendo voces en el corredor. Las detonaciones debían haber alertado a los vecinos de los pisos altos.

Y también otra cosa. Ruido de pasos, que se detenían ante la puerta.

Monique fue hasta ella y la abrió. Cinco hombres de paisano, estaban en el umbral.

El primero era alto, con el cabello gris. Llevaba una pistola en la mano.

—Hola, Monique. Hemos llegado a tiempo, ¿no?

—Mucho —dijo ella con un suspiro—. Monsieur, le presento a Phil McFumister, del Departamento de Narcóticos de los Estados Unidos.

* * *

El hombre del pelo gris estaba sentado detrás de una mesa. Tenía varios papeles en la mano y se había calado unos lentes para ir leyéndolos.

—Bien, míster McFumister, creo que todo el asunto está arreglado ya con la confesión de Bosc y la de Billeton.

—¿Cuánto había?

—Mucho. Cincuenta kilos de heroína y otros tantos de morfina. Todo el sistema de cañerías de la oficina era doble. Uno de ellos, falso. Hemos visto en la Interpol muchos escondrijos, y algunos muy ingeniosos, pero este, bueno, este era especialmente bien preparado. Hubiéramos tardado años enteros en dar con él. Tengo que darle las gracias.

—No vale la pana.

Encendió un cigarrillo. Junto a él, Monique lo miraba con atención.

—¿En cuanto a la policía, monsieur?

—Todo conforme. Sólo piden que salga usted de Francia cuanto antes. De lo contrario, se verían obligados a pedirle que se quedara para responder por tenencia de armas en territorio francés.

Hizo una pausa. Sus ojos se llenaron de arruguillas. Parecía que quería echarse a reír pero algo se lo impedía.

—Y de haberlas usado con... prolijidad. Con demasiada prolijidad, míster McFumister, lo cual no es más que la verdad desnuda.

McFumister se puso en pie.

—Conforme. Me gusta mucho Francia, pero ante esa disyuntiva... Prefiero salir de ella.

El hombre de la Interpol le tendió la mano, mientras se ponía en pie.

—He tenido mucho gusto, míster McFumister.

—Un momento. Hay algo que quiero pedirle.

—¿Sí? ¿Qué es ello?

—Una licencia de... digamos dos meses para mademoiselle Cachet.

—¿Una... licencia?

—Sí.

—¿Para ir a los Estados Unidos?

—Sí.

—¿Con... certeza de que volverá?

—Con la certeza de que... no volverá. Pero no necesitamos insistir mucho sobre ello, ¿verdad?

—Pues... lamento tener que perder a una colaboradora como ella,

pero... si es necesario...

—Es absolutamente necesario. Tan pronto como logre el visado para los Estados Unidos.

—¿Como turista? Sus leyes son particularmente estrictas en este aspecto.

—Con visado de turista, sí. Yo... yo me encargaré de que deje de serlo tan pronto como llegue allí.

Cogió a Monique por la mano.

—¿Conformes? Vamos, di algo.

—Digo... adiós, monsieur Blockman... Oh, perdón, me olvidaba de que no hay que pronunciar nombres.

—No importa, Monique. En estos momentos... no importa demasiado.

Y tras una pausa:

—Míster McFumister, ¿sale usted para América hoy mismo?

McFumister hizo un gesto.

—¿Está loco, monsieur Blockman? ¿Esta misma noche...?

Cogió a Monique por la cintura.

—Digamos que mañana por la noche... si no es pasado mañana por la noche. Antes mademoiselle Cachet y yo tenemos que... que discutir algunos asuntos.

Monsieur Blockman sonrió e hizo «ejem», varias veces.

—Digamos... pasado mañana por la noche. Los franceses tenemos muchos defectos, míster McFumister, pero uno de ellos no es precisamente el estorbar a... una pareja de enamorados. Les deseo muchas felicidades. Muchas...

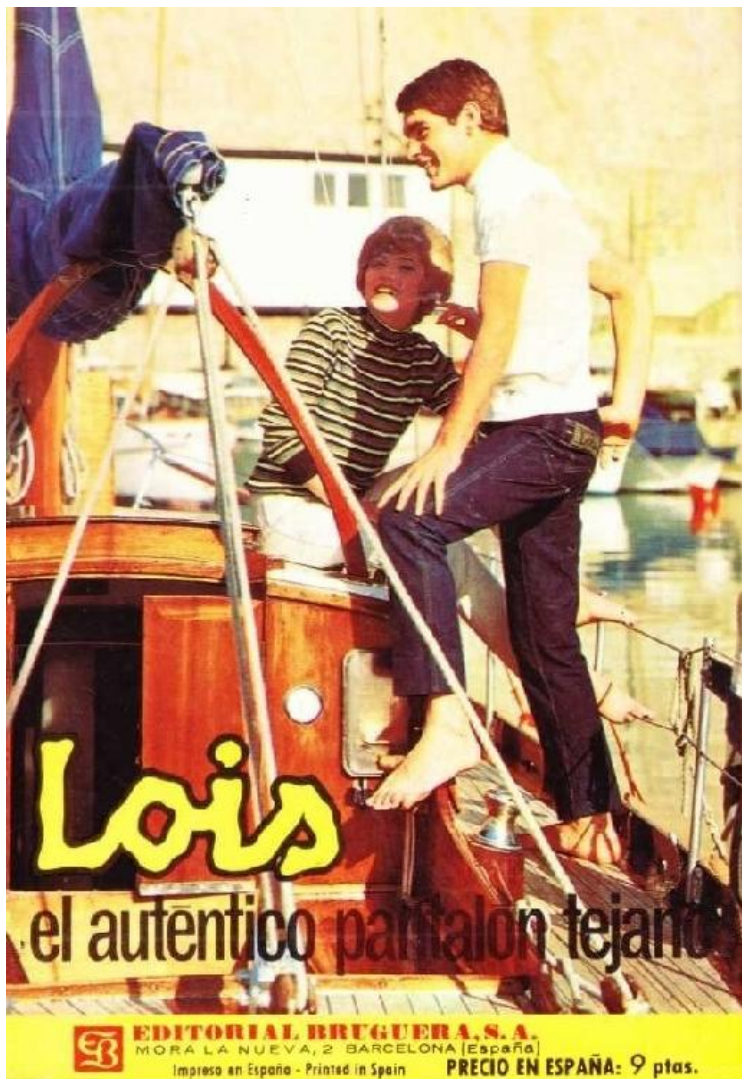
Besó a Monique en la mejilla y luego se volvió a McFumister.

—No, a mí, no —dijo el americano batiéndose en retirada precipitadamente.

—Sí, a usted, también, míster T. Man.

Y lo besó.

FIN



Notas

[<1]

Bañera: coche en argot.

[←2]

Paname: París, en argot.